De la enfermedad de las montañas y de otras enfermedades semejantes

1533-1534

PARACELSO

Biblioteca Esotérica

DE LA ENFERMEDAD DE LAS MONTAÑAS Y DE OTRAS ENFERMEDADES SEMEJANTES

Felipe Teofrasto de Hohenheim

1.ª edición: abril 1982
© de la presente edición, traducción, cubierta y diagramación:
Editorial 7 1/2, s.a.
Gran Via de les Corts Catalanes, 437, pral.
Barcelona - 15 (España)
(Reservados todos los derechos para todos los países)
ISBN: 84-85411-70-6
Depósito Legal: B-13246/1982

Impresión: Gráficas Porvenir; Lisboa, 13; Barberà del Vallès (Barcelona)
Composición y Compaginación: Editorial 7 1/2, s.a.
Realización técnica: David Soler

De la enfermedad de las montañas y de otras enfermedades semejantes

1533 - 1534

Tres libros escritos
por el filósofo y médico
muy experimentado

Felipe Teofrasto de Hohenheim
(Paracelso)

Paracelso, según grabado
atribuido a Agustín Hirschvogel

Introducción

Philippus Teophrastus Bombasto de Hohenheim, llamado Paracelso, nacía en el mes de noviembre del año 1493, a las puertas de un siglo en el que iban a concurrir las pasiones, inquietudes y contradicciones que conformarían definitivamente lo que hoy entendemos como cultura occidental. No en vano, Leonardo da Vinci, Erasmo de Rotterdam y Lutero representarían para la posteridad la máxima expresión del arte, el mayor sentimiento filosófico y el más trascendental exponente de la pasión religiosa. Todo un «clima» especialmente idóneo para la configuración de un genio que se propondría revolucionar la Medicina y encauzar la Terapéutica por vías naturales, aunque ello fuese a costa de trastocar los inveterados principios representados por Celso, Galeno y Avicena, que sacralizaban sus contemporáneos.

No es casual, pues, que ya desde el inicio de su peregrinaje y como prueba de su oposición a Celso, Philippus Teophrastus se hiciera llamar «Paracelso».

Su indomable sed de experiencias y conocimiento lo llevó a viajar primero hacia Alemania, Francia e Italia, posteriormente por el Tirol, Hungría, Polonia, regresar nuevamente a Suiza, atravesar otra vez Francia, pasar por España, Portugal, llegar por mar a Turquía y avanzar hasta Tartaria. Pero ya con anterioridad se había iniciado en la Medicina y las Ciencias Esotéricas de la mano de Tritemio, criptógrafo y cabalista, abate del Convento de San Jorge, en Würzburg, descubridor de importantes fenómenos psíquicos de magnetismo animal, de transmisión del pensamiento, de telepatía, químico y gran estudioso de la Magia y de las Sagradas Escrituras.

En 1527, Paracelso, ocupaba ya una cátedra en Basilea, y hasta 1538 profesó públicamente en otras ciudades europeas, utilizando siempre el vulgar pero vivo idioma del pueblo en lugar del docto latín, para escándalo «de los contempladores de orinas y de los académicos», según él mismo decía.

A tenor de su obra, a aquel «médico de los pobres» ha de reconocerse el mérito de haber sabido conjugar con su excepcional juicio, sutil vena poética y encomiable sentido del humor, los relativos conocimientos científicos de la época con una antiquísima tradición esotérica, sustituyendo los ancestrales principios terapéuticos al uso, por un nuevo Arte, fundamentado en un conocimiento más pormenorizado del hombre, considerado éste como una

porción más del Universo, a cuyas leyes no puede sustraerse. Paracelso conecta íntimamente la Medicina y la Astrología, de manera que aquélla se interrelaciona con ésta estableciendo evidentes correspondencias entre el «Macrocosmos» y el «Microcosmos», que encarnan a la Naturaleza y al enfermo. Así conformó su principio del hombre como "Microcosmos", dentro del Gran Orden Superior, el «Macrocosmos». La explicación esotérica de las enfermedades podría deducirse, pues, de una metódica observación racional de la Naturaleza.

De todo ello dan fe sus numerosos tratados, que abarcan todos los extremos de la Medicina hasta entonces conocida, amén de los «diccionarios» que su particular nomenclatura hizo indispensables. Entre ellos se encuentra el presente DE LA ENFERMEDAD DE LAS MONTAÑAS Y DE OTRAS ENFERMEDADES SEMEJANTES, y otros sobre «la epilepsia»,[1] «las enfermedades invisibles»,[2] «la sífilis», «la peste», «las epidemias», «las influencias de los astros», «la matriz», «la preparación del eléboro», «los principios activos que se obtienen por la trituración de los remedios», «contra las imposturas de los médicos», «las úlceras de los ojos y el mal llamado glaucoma», «las heridas abiertas y las llagas», «libro de las hierbas, de los minerales y de las gemas», «la cirugía», «el análisis químico», «los libros de práctica», «el arte de recetar», «las enfermeda-

1. *De la Epilepsia,* Paracelso, pról. Juli Peradejordi, Editorial 7 1/2, Barcelona, 1981, 1.ª ed., 80 págs., «Biblioteca Esotérica».
2. *De las Enfermedades Invisibles,* Paracelso, Editorial 7 1/2, Barcelona 1982, «Biblioteca Esotérica».

des producidas por el tártaro»... A la vista de esta incompleta relación, no sin lógico razonamiento, algunos detractores cargan las tintas de la incomprensión sobre otros textos paracelsianos de innegable contenido mágico, incluso profético, como es el caso de alguna obra casi testamentaria.[3]

Han debido de transcurrir cientos de años para redescubrir las irrebatibles verdades y confirmar lo que en su día fueran geniales atisbos de un genio no menos sorprendente, que alcanzaría a afirmar: «El saber no está almacenado en un solo lugar, sino disperso por sobre toda la superficie de la tierra».

A nuestro entender, pues, acercar a nuestros lectores la figura de un clásico como Paracelso, fundador de la Terapéutica moderna y sembrador de la Medicina experimental, es una tarea más que obligada, inexcusable, en el contexto de nuestra «Biblioteca Esotérica».

DAVID SOLER

3. Cfr. *Respuesta de Nostradamus a Monsieur de Fontbrune,* Jean Robin, cap. III - «El Sol en Capricornio o un singular peregrino», Editorial 7 1/2, Barcelona 1982, 132 págs., colección «Esoteria».

Libro Primero
conteniendo cuatro Tratados

Primer Tratado

Capítulo primero

PARA poder describir la enfermedad de las montañas es preciso ante todo esclarecer, en sus líneas principales, algo de la marcha de la vieja y tradicional enfermedad de los pulmones: el nacimiento y origen de la enfermedad de las montañas y de la enfermedad de los pulmones son similares. Su base es la misma y únicamente se diferencian en cuanto al elemento que las causa y en cuanto al centro o foco de la enfermedad. Evolucionan siguiendo un proceso parecido. La enfermedad de los pulmones ataca a los pulmones y la infección puede, por consiguiente, invadir el resto del cuerpo. Cosa igual ocurre en la enfermedad de las montañas. El primer libro es de carácter descriptivo. En el primer tratado resumimos lo más brevemente posible el nacimiento y el origen de la enfermedad de los pulmones, en la medida en que sea necesario hablar aquí de la misma. En el siguiente tratado exponemos todo lo relativo al nacimiento de la enfermedad de las montañas. El tercer tratado que

sigue a este estudio habla del desarrollo de la enfermedad y de sus manifestaciones, de la esencia del cuerpo exterior e interior. Y el último tratado engloba, en sus partes necesarias, la terapéutica de esta enfermedad.

Veamos la definición de la enfermedad de los mineros: aquéllos que extraen minerales y que los funden los mineros y sus homólogos o semejantes; aquéllos que lavan los minerales, como la plata, el oro, la sal, el alumbre, el azufre, &; aquéllos que hacen hervir el vitriolo; aquéllos que trabajan el mineral del plomo, el del cobre, el impuro mineral del estaño, del hierro o del mercurio; todos ellos son alcanzados por la enfermedad de los pulmones. Son atacados por una especie de podredumbre del cuerpo y por ulceraciones estomacales. Se les conoce como atacados por la enfermedad de las montañas. Sabed también que los antiguos comentadores no hablan nunca de esta enfermedad. Jamás descrita hasta ahora, ha sido abandonada en su terapéutica. Pero debido a la luz de la naturaleza, el hombre descubre y revela el origen de tales enfermedades: en los cuatro tratados que siguen, describimos ordenadamente esta enfermedad. Aunque la enfermedad de los pulmones, cualquiera que sea su nombre en latín o en alemán, no haya sido jamás descrita ni explicada adecuadamente sobre bases exactas demostradas por la luz natural, y aunque muchos pretendan que sus argumentos prueban lo que es la enfermedad en sí misma, la filosofía los considera de hecho como un tanto ridículos. Sabed,

pues, que su origen, que yo os expongo, es parecido al origen de la enfermedad de las montañas; porque el origen de la enfermedad de las montañas denota los antiguos errores que contiene todo lo escrito acerca de los pulmones.

Capítulo segundo

Sobre el nacimiento y origen de la enfermedad pulmonar

A fin de comprender, sabed que el aire es el cuerpo que causa la enfermedad pulmonar. Salvo este aire material, los pulmones no están expuestos a influencia nociva alguna. He ahí un ejemplo: quienquiera que se dé a la bebida se perjudica los pulmones, pero este daño no proviene de la bebida sino del aire contenido en la misma, absorbido y asimilado por y dentro de los pulmones. Puesto que todo elemento tiene en el cuerpo su propio estómago donde aquél es asimilado. Así, pues, el aire es asimilado por los pulmones. El estómago digiere su comida, en parte utilizada por el cuerpo y en parte expulsada por el mismo. Asimismo, una porción del aire es asimilada y la otra eliminada como excremento. El aire debe ser, pues, plenamente considerado como un alimento; un alimento puede causar una enfermedad y el aire puede igualmente engendrar unos fenómenos tales. Dentro de esta perspectiva, basta pues explicar ade-

cuadamente el caos: éste es el elemento que nos interesa. Entre cielo y tierra hay un caos que ocasiona todas las enfermedades de los pulmones, su fiebre, su absceso, su consunción, su obstrucción, su tos, sus esputos, su opresión y otros fenómenos parecidos; y el hombre, de ese caos que gobierna la fuerza de las estrellas, debe obtener la nutrición para sus pulmones. Luego, su comportamiento se corresponde con el gobierno de los astros, y la forma de gobierno que ejerce el caos determina la naturaleza del aire e influye en los pulmones.

Sobre esta base, debe pues elmédico reconocer las enfermedades pulmonares, porque éstas dependen de la fuerza de los astros al igual que cualquier enfermedad producida por un alimento. Hay tantas causas distintas de enfermedad en el caos como las hay en los alimentos. Todo depende de la cocción: tanto con la nutrición habitual como con el caos pueden prepararse platos nocivos. La experiencia prueba que el caos entre el cielo y tierra nutre a los pulmones al igual que las plantas terrestres lo hacen con el estómago. Ello es debido a que, en tierra y para quienes habitan entre cielo y tierra, los alimentos crecen en todo lugar. Comprended igualmente que hay también bajo la tierra un caos que gobierna los pulmones de los que viven en las montañas. Los que, en tierra, el caos convierte en enfermos de pulmón, son aquéllos que, en la montaña, están sometidos al caos terrestre. La diferencia de los nombres corresponde a la diferencia de los elementos; quienes están sobre la tierra son

atacados por la enfermedad de los pulmones y, bajo tierra, por la enfermedad de las montañas. Ello es el tema para otro libro: el cielo de encima nuestro y sus estrellas cuecen el aire que se encuentra entre él y la tierra. "[...] Bajo tierra, los minerales terrestres son el cielo y las estrellas, y gobiernan su propio caos como el cielo superior gobierna el suyo. Podeís ver como el arsénico puede matarnos; al igual que éste, las estrellas pueden causar la muerte por intermedio del caos. Veamos cómo las estrellas determinan las enfermedades pulmonares en la medida en que al aire le es posible envenenar el lugar en donde es digerido.]"

Capítulo tercero

A fin de que comprendáis rápidamente las causas del asma, sabed que el cielo es el elemento fuego y que su movimiento elemental engendra el caos del que estamos hablando ahora. El fuego hace hervir el agua; del mismo modo que el elemento celeste hace hervir el caos. En el agua, la carne cede su fuerza al agua, y las estrellas, al igual que la carne, dan su fuerza al caos. Los caldos de carne son alimento humano. Asimismo, el caos que hemos definido es alimento para el hombre. La sopa, digerida por el estómago, es absorbida en su propio lugar. Asimismo el caos, digerido en los pulmones, tiene su estómago particular. Las sustancias contenidas en el agua tienen sus propiedades y, según las personas, engendran en el hombre salud y

enfermedad. De alguna manera, las mismas estrellas en el caos están guisando una sopa buena o dañina. El caos es, por así decirlo, la sopa en la cual anida o se cría la peste; ésta penetra a través de los bronquios, sigue el camino que le prescribe su anatomía, al igual que un pájaro que vuela hacia su nido. Y si Dios, desde el principio, no hubiera ordenado al hombre que se resguardase y que engendrase niños a fin de conservar la simiente ¿quién podría haber sido salvado? Sabed, pues, que la enfermedad de los pulmones proviene de la fuerza de las estrellas que revelan sus propiedades por ebullición. Su poso o sedimento en los pulmones sigue tres vías: la fijación del mercurio, vapor sublimado que se coagula; la fijación del espíritu-de-sal, que pasa de la disolución a la coagulación, y la fijación del azufre, que se deposita sobre las paredes por reverberación. Un tonel vacío y relleno de vino en otoño, visiblemente puro y limpio de toda materia visible formada por congelación, vaciado de su vino al terminar el año, presenta un tártaro compuesto de tres cuerpos: mercurio, azufre y sal. De la misma manera que el vino contiene un cuerpo que primeramente es invisible, así el caos contiene también un cuerpo que se fija en los pulmones como en el tonel, que forma un betún, materia mucilaginosa y viscosa, precediendo a una coagulación que es la materia de la enfermedad de los pulmones.

Capítulo cuarto

No es que quiera expresamente describir los aspectos de la enfermedad de los pulmones. Quiero enseñaros ahora que debéis aplicar a la tierra lo que sabéis acerca del cielo y del caos. Así como aquéllos que, conociendo la filosofía de la tierra, pueden interpretar la enfermedad de los pulmones, aquéllos que conozcan el origen y la causa de la enfermedad de los mineros sabrán determinar los aspectos y los orígenes de la enfermedad de los pulmones: una cosa explica la otra y ayuda a comprender. Aquél que conoce las enfermedades terrestres conoce también las del firmamento. Aquél que describe con exactitud las enfermedades del firmamento ha aprehendido también con exactitud las enfermedades terrestres. Aquél que no logra o no consigue la tierra, falla también respecto al cielo; porque el médico, por definición, no tan sólo conoce dentro de la luz natural las siete estrellas, sino que conoce todas las estrellas que contiene el firmamento. Si prosigue sus búsquedas y posee las dos ciencias, conoce también la tierra, la astronomía y la filosofía de los otros dos elementos. Aprended también cómo nace el caos: la tierra es el cielo que lo engendra y los minerales terrestres son el firmamento celeste. El fuego surge de este elemento tierra y engendra al caos terrestre de la misma manera que se engendra el caos entre cielo y tierra. Este caos se convierte en una sopa de minerales tal como el caos exterior es un caldo de estrellas. Los

hombres que buscan el vivir en tierra encuentran rumbo y alimento para sus pulmones en este mismo caos terrestre. Y lo que es engendrado en este caos, una parecida impresión mineral es el tártaro pulmonar al que aquí denomino enfermedad de los mineros. El *modus generandi* de ambas enfermedades es un solo y mismo proceso que se resuelve bajo tres aspectos: mercurio, azufre y sal; con variantes debidas a los diferentes campos humanos en las cuales estas enfermedades tienen lugar. El caos obra sobre dos clases de cuerpos, y eso es un punto muy a tener en cuenta; porque tenéis que saber que han sido creados seres particulares que viven en la tierra, comparables a nosotros que somos descendientes de Adán y que vivimos en el aire, entre cielo y tierra. Sabéis que existen las ninfas. Para los habitantes de la tierra el caos terrestre hace las veces de aire y las ninfas tienen como aire el caos acuático en el cual viven. El primer cuerpo es el de los habitantes de la tierra de los cuales hablo en las *Archidoxias* y en los libros *paramiris.* Pero en otro cuerpo es el cuerpo de los hombres que se establecen en las montañas sin ser habitantes de la tierra. Por eso deben éstos llevarse consigo su caos humano a las montañas, ya que su pulmón se nutre de su caos, del caos humano. Pero se produce una especie de mezcla, como un matrimonio del caos terrestre y del caos del firmamento. El hombre llega entonces a ser capaz de alimentarse de esta constelación terrestre que está en el origen de la enfermedad de los mineros.

Segundo Tratado, referente al origen y al nacimiento de la enfermedad de los mineros

Capítulo primero

Para exponeros el segundo tratado que contiene el origen y las causas de la enfermedad de los mineros, es preciso ante todo tener la experiencia de aquello que puede ser determinado y de aquello de lo que se puede tener conciencia por la vista y por el conocimiento sensible habitual. Es la causa y es el origen de la tos, de los ahogos y sofocamientos, de la tuberculosis y de sus secuelas. A partir de estos datos proporcionados por la experiencia, se divide la teoría de ambas enfermedades: la de los pulmones y la de los mineros. Así como podéis comprender las causas visibles de la tuberculosis, cuando hayáis profundizado la filosofía trataréis de la gripe de la misma manera que lo habéis hecho en el primer tratado; puesto que, a simple vista, se puede observar cómo se desarrollan nieblas en el caos entre cielo y tierra, y cómo entre estas nieblas algunas de ellas son causa del asma, de la tos y de los sofocamientos. Por experiencia, podemos comprender que la niebla es una causa y que extrae su origen del firmamento. Pero la enfermedad de los mineros puede también desarrollarse a partir de la niebla que existe dentro de la montaña, más espesa aún que la niebla exterior. Si buscamos la causa de

esta niebla, encontramos que proviene de la esfera de la vía láctea. La niebla subterránea tiene también sus causas bajo la tierra. Los minerales causan semejante niebla. El conocimiento de los minerales conduce al conocimiento de la terapéutica de la enfermedad, así como el conocimiento del fuego enseña la manera de extinguirlo; es pues preciso conocer, de consiguiente, todas cuantas enfermedades sean posibles de curación. La muerte es incurable, porque jamás se ha encontrado el cielo de su constelación.

Sabed que no solamente la niebla, sino que también la lluvia, la escarcha y el frío invernal pueden causar estos sofocamientos. Todos estos puntos hay que encuadrarlos dentro del campo de lo subterráneo.

Capítulo segundo

He aquí un ejemplo que nos permite comprender aún más las causas del asma, las del frío y las del calor: un pulmón dilatado y calentado, bruscamente enfriado, empieza a toser, así como si absorbe una bebida ácida o azucarada. En las montañas se produce el mismo fenómeno: el trabajo causa un calentamiento de los pulmones, y el frío que impera en esta región y que se introduce en el caos causa, una vez terminado el trabajo, un enfriamiento rápido de los pulmones. Aunque este frío no fuese sensible, es, sin embargo, uno de los carácteres esenciales del helenio y un carácter propio de la tierra. Obra como si uno lo

hubiera bebido. Lo mismo ocurre con la acidez. Observad cómo la ciruela esconde su acidez bajo su piel. Asimismo la montaña esconde bajo la superficie de la tierra su acidez. Y si vivimos bajo tierra, estamos sumidos en esta acidez. Ésta proviene, ora de los derivados del vitriolo, ora de los derivados del alumbre, tal como se produce en las ciruelas y en los guisantes. Si la conjunción siguiente se realiza, si la acidez de las cosas es atraída hacia el caos subterráneo y si el pulmon está particularmente arído de ese caos subterráneo, entonces se produce una lesión pulmonar: antojos que se dan a nivel de los pulmones, así como se da el capricho de comer tiza y beber vinagre.

El origen es idéntico: de consiguiente, el pulmón atrae el alumbre, el vitriolo y el salitre. El pulmón paga o expía este antojo al igual que un enfermo a quien sus caprichos le perjudican. Esta acidez causa, pues, como lo haría el vinagre o cualquier bebida ácida, un enronquecimiento pulmonar, que precede a la tos. Lo que manifiesto a propósito del ácido, puede aplicarse igualmente al dulzor, contenido en tierra como el dulzor en el grosellero. Cuando vivimos bajo tierra, todo ocurre como si mascáramos esta planta azucarada. Se come con los dientes el caos subterráneo de la misma forma que se comen grosellas, la única diferencia estriba en que el dulzor subterráneo es absorbido dentro del caos. Así como este antojo seduce al pulmón, asimismo este dulzor causa la enfermedad de los mineros por las razones que expondremos en otra parte.

Capítulo tercero

Puesto que estudiamos las causas del enronquecimiento del pulmón basándonos en manifestaciones exteriores, añadamos también a éstas la grasa; porque cuando el pulmón tiene el antojo de la grasa, evidentemente debe prever la aparición de lesiones semejantes a las mencionadas en el capítulo anterior. Ahora bien, nosotros absorbemos diferentes clases de grasas, aceites, carnes, pescados, grasa visible e invisible. Por eso existen, pues, diferentes clases de enfermedades de los pulmones, unas se traducen por el enronquecimiento producido por una clase de grasa, otras por el producido por otra clase de grasa. Según lo que pueda ver y retener nuestra vista, la naturaleza nos enseña que la grasa existe también en el caos subterráneo, como en el caos de debajo del sol. Ahora bien, toda grasa no es más que un producto del azufre que presenta aspectos y modos de actuar distintos. Además, el astro manifiesta igualmente su acción sobre esta materia. Así como las ventosidades intestinales son inflamables y no son otra cosa sino un vapor, asimismo el caos se compone de un azufre fijo. Este azufre, absorbido por los pulmones, se fija en los pulmones como la resina en el tronco de un árbol. Según los tipos de minerales, esta resina es diferente y es la responsable y la causa de la enfermedad de los mineros. Este caos llega a ser pues una resina que no es, sin embargo, su última materia, puesto que no es asimilada por el pulmón; el pulmón es parecido al

estómago que puede ser frágil y que puede digerir mal, origen de muchos males. Para comprender mejor este azufre, en el caos, fijaros en el ejemplo siguiente: contemplad el cielo durante una tormenta con aparato eléctrico. No se puede ver ningún azufre. Pero, puesto que hay algo que está ardiendo, no puede ser otra cosa que el azufre. El relámpago puede cegar y, si la humedad no fuera una propiedad del caos, las casas se inflamarían. Lo que es posible y comprensible a la vista, ocurre también claramente y de forma a la vez visible e invisible igualmente bajo tierra. Lo que es visible puede causar daños, lo que es invisible también. Así como un vapor que aparece súbitamente puede cubrir los pulmones de resina, asimismo los minerales pueden engendrar un vapor semejante que puede verse a menudo en el cielo.

Capítulo cuarto

Puesto que la presencia del azufre solo, en el caos, causa, como hemos mostrado, una lesión del pulmón, este mismo caos contiene un vaho de mercurio, el cual, mezclado al caos, da a este último su consistencia y puede privarlo de su transparencia. Todo ocurre como si alguien se encontrase de repente inmerso en un vapor ascendente de un arsénico de mercurio, que causa un enronquecimiento fuerte y duradero. El caos contiene igualmente el vapor parecido que engendra, frecuentemente, nuevos vapores. Así como en el caos

del mundo que contiene azufre, cuando un rayo cae, las consecuencias son doblemente desagradables y embarazosas, asimismo hay bajo tierra un mercurio fijo, un arsénico constante y un arsénico móvil bajo la influencia de la constelación cotidiana, dado que los minerales son semejantes a las estrellas del firmamento. Averigua, pues, qué minerales poseen una región y aciértalo estudiando esta influencia. En la tierra, en una comarca o región emplazada bajo el signo de Virgo, el astrónomo determina el astro que se encuentra por encima de la cabeza de cada habitante. El filósofo terrestre asimismo, determina la iniciación de los planetas y el aspecto de las constelaciones en la montaña que está observando; pues un terreno lleva marcasita, antimonio, &, y el contenido en mineral del terreno da el caos del que hemos hablado. El astrónomo dice: «La estrella proporciona una influencia». El filósofo dice: «En la tierra se encuentra el oropimente a partir del cual se ejerce esta influencia». Así nace el médico. Éste dice: «La enfermedad de los mineros es una resina surgida de ese caos donde se opera la combustión de las estrellas y del oropimente». Todos los tipos minerales deben ser pues determinados cuidadosamente en sus propiedades. Si pertenece a la marcasita, el azufre es blanco y rojo; si pertenece al talco, su color es amarillo, rojo y negro. Hay también el azufre del ámbar, el ocre, el del cinabrio, el del bismuto, el de la arena, el del mármol, el de la tosca, el de la amatista, &. Asimismo existe el mercurio del cobre, el del plomo,

el del mineral de estaño, de zinc y de arsénico... Lo que es válido para el azufre y para el mercurio, vale también para la sal: hay la sal de vitriolo, la del alumbre, la de alúmina disociada, la del salitre, la de la sal común y la de la sal gema, &. Esta sal, este azufre y este mercurio son espíritus que son el caos mismo, a tenor de la naturaleza y el contenido del terreno.

Capítulo quinto

En lo que concierne al espíritu, sabed pues que el mercurio da un vapor. La sublimación conduce un cuerpo a su última materia: lo mismo ocurre con este espíritu. La enfermedad de los mineros que corresponde a la acción del mercurio es una obstrucción seca, diríase desecante. El espíritu del azufre proporciona una resina y el de la sal un tártaro. Son las tres principales formas de la enfermedad de los mineros. Si bien hay un sólo nombre para designar a la marcasita, al oropimente, &, eso no supone que tenga que haber una sola variedad; pues las modificaciones del terreno conllevan también las de los minerales, al tiempo que veis como el aspecto de las tierras se modifica. Una planta denominada cebolla ofrece un aspecto diferente en un terreno diferente, aunque ostente siempre el mismo nombre. Si los caracteres morfológicos son distintos, si alguna cosa se modifica, la naturaleza obra —entendedlo bien— de manera

que también las propiedades actuales se modifiquen por la acción de la fuerza terrestre hasta adoptar los caracteres propios del territorio determinado. Así más vale el conocer la medicina de una comarca precisa que aquélla de los territorios foráneos. Por lo mismo, en el caso de enfermedad, es preciso cuidar cada cosa por su semejante. Ya que así como la tierra rige los minerales, hay que aportar a éstos lo que se aporta al cielo que rige las estrellas. Y si el cielo y la tierra son los dos mismos cielos, el mineral y el astro son los dos mismos astros. Lo que es válido para uno vale para el otro. Así el médico, empezando por la astronomía, termina por la filosofía; porque la astronomía le da el aspecto de las constelaciones en el cielo y en los minerales, y la filosofía le da las propiedades minerales; y la cura engloba estos dos campos de acción. El hombre, que es un microcosmos, debe practicarse en el conocimiento del mundo exterior, y no solamente llevar sus búsquedas en los planetas, sino igualmente en el astro terrestre, en las lunas nuevas y las exaltaciones, &. Si la influencia lunar aparece en el estudio de la órbita lunar, las influencias resultan variadas, y hay muchas cosas que prueban y que manifiestan visiblemente en sí mismas el curso del cielo. Concluimos ya este tratado en el que hemos mostrado el crecimiento de la enfermedad de los mineros a partir de tres minerales y de sus espíritus, que forman un caos que se escapa de ellos al igual como la voz salé de la boca.

Tercer Tratado del primer libro, exponiendo las causas de la enfermedad mostrando en su esencia la acción conjugada del cuerpo interior y del cuerpo exterior

Capítulo primero

Puesto que en este tratado es preciso describir cómo se realiza la obra de la enfermedad y cómo ésta nace, es necesario que sólo el médico, cuya es su misión, describa de qué manera el hombre, inmerso en la fragilidad de la vida, está expuesto a muchas cosas que lo matan y de las cuales no puede defenderse sin la ciencia; porque Dios ha creado al médico para averiguar y explicar el proceso de la muerte, la manera por la cual la naturaleza se opone a la naturaleza y cuyas cosas son enemigas una de otra, como los animales se reúnen y se agrupan para ir unos contra otros. El hombre debe comprender, efectivamente, que existe una adversidad similar en el campo o dominio de las cosas insensibles. Así como el aliento del cocodrilo envenena y mata al hombre, asimismo ciertos vapores minerales causan nuestra muerte. Dios ha creado lo bueno y lo malo: ambos no pueden subsistir codo a codo, aunque estén presentes en un mismo mundo. Dios ha instituido, pues, el médico, que es el que describe al hombre mortal el enemigo que se las tiene con su cuerpo y con su vida, y también quien le enseña a recelar de sí mismo. Así

como Dios, gracias a la intermediación de los profetas y de los apóstoles, nos revela quienes son el diablo y los enemigos del alma, así también ha denunciado al enemigo del cuerpo; nos ha enseñado cómo averiguar y reconocer, dentro de la luz natural, lo que es tóxico y perjudicial o bueno y útil para el hombre que desea vivir muchos años. A fin de que el veneno que subyace en todo lo que es bueno destruyera su vida, ha concedido al médico el don de determinar en una cosa lo que es bueno y lo que es malo, y luego lo ha asistido con el apoyo de Vulcano cuyo arte permite la separación de todo cuanto es bueno y de todo cuanto es malo. Este arte, al igual que la muerte, separa lo que es eterno de lo que es mortal. Así, su verdadero nombre es: *mors rerum,* ya que lo que no es nada viene de lo que es algo. Es preciso hablar pues de lo que no podemos beber ni comer sin tener en cuenta al enemigo, al enemigo que acecha en el aire que no podemos inspirar ni expirar sin riesgo y sin daño, que acecha tanto en invierno como en verano, estaciones que no pueden ser completamente favorables. En lo que plantamos en nuestro huerto o jardín, cultivamos el veneno que nos matará. Tenemos necesidad de oro, de plata y de otros metales, de hierro, de estaño, de cobre, de plomo y de mercurio; si los queremos, tenemos que exponer nuestro cuerpo y nuestra propia vida a numerosos enemigos. Y si deseamos otras cosas que estamos obligados a utilizar para el provecho de nuestra salud, no hay ninguna de ellas que no lleve en sí a nuestro enemigo. El hombre, siendo incapaz de

aprehender los indispensables conocimientos de las cosas naturales, ha sido ordenado médico por Dios: del Verbo surge el conocimiento de la luz natural, para que el hombre conozca el bien, para que lo distinga del mal y para que adquiera los conocimientos necesarios para una vida sana. Y así como el diablo es expulsado del hombre, la medicina expulsa las enfermedades tóxicas, así como el mal expulsa el mal y lo bueno expulsa lo bueno.

Capítulo segundo

Es pues necesario exponer el planteamiento de las enfermedades de los mineros y conocer y descubrir a sus agentes. En los tratados precedentes hemos mostrado que la triple acción del mercurio, del azufre y de la sal eran tóxicas. También nuestra medicina se apoya, se fundamenta, sobre el mercurio, sobre el azufre y sobre la sal. Ambos hechos son confundidos. Ahora bien, a través de la muerte de las cosas, tenemos conciencia de lo siguiente: lo que ya estaba presente y patente en nosotros y lo que ha causado la enfermedad puede igualmente ayudarnos en esta enfermedad. Veamos un ejemplo: supongamos que un minero está buscando plata, la descubre y se queda con ella. Helo ahí en posesión de un mineral. Durante todo el tiempo que busca y maneja el mineral contrae una enfermedad en la parte de fuera de la tierra, enfermedad imposible en tierra. Si, estando enfermo,

coge el mineral extraído y separa del mismo la plata mediante fusión, en el residuo encuentra el agente de la enfermedad. Encuentra también, durante la extracción, el remedio. Sabed que el vapor que se desprende del mineral tiene, en sí mismo, el mismo producto tóxico que se separa de la plata por la fusión; si bien las rosas pueden ofrecernos su perfume y este perfume puede hacernos caer enfermos, en nada esto concierne al cuerpo de la rosa. Sabed también que hay una fuerza que se desprende de las cosas y que esta fuerza coge o atrapa a los hombres. Ciertamente, aunque el cuerpo mismo del veneno no esté allí, la malignidad de esta fuerza actúa no obstante con debilidad, y causa en el hombre una larga enfermedad que, si el mismo cuerpo estuviese presente, sería más breve. Un ejemplo de ello: si alguien absorbe arsénico, la muerte es instantánea. Si el cuerpo del arsénico no es absorbido, pero sí lo es su espíritu, el tiempo empleado en la absorción se transforma en un año, y lo que el cuerpo realizaría en diez horas, el espíritu tardaría diez años en conseguirlo. La muerte no puede ser tan súbita y radical como lo es en presencia del mismo cuerpo. Sabed además que quien quiera llegar a adquirir cierto conocimiento de la enfermedad de los mineros debe conocer todos los signos y todos los carácteres de las enfermedades fulminantes del cuerpo y de la muerte, y, al detectar con seguridad estos signos, podrá detectar la naturaleza de la enfermedad de los mineros, es decir, el cuerpo del cual proviene su espíritu. He aquí cómo reconocer estos signos; un ejemplo: la

absorción del rejalgar (mineral de arsénico) deseca los pulmones y modifica la respiración, violentas sofocaciones y una decoloración del rostro preceden a la aparición de úlceras y grietas en el hígado, acompañada ésta por una sed desacostumbrada, el veneno roe y destruye los pliegues de la mucosa gástrica a la que monda como si fuese la corteza de un árbol. Pesadeces en la cavidad del estómago acompañan a una digestión penosa y difícil. Fiebres súbitas, latidos de corazón, luego palpitaciones de la región cardíaca preceden a un anquilosamiento de todos los miembros, con dolores de garganta seguidos de migrañas.

He aquí la acción del veneno y las enfermedades que causa. Durante períodos de largos años, durante días y más días, el espíritu del rejalgar causa una misma enfermedad, regular y sometida a las manifestaciones que hemos descrito. Los mineros contaminados son fácilmente presa de todas las enfermedades celestes que dependen del estado del cielo exterior, tales como fiebres, vértigo, delirio y amigdalitis.

Capítulo tercero

Puesto que hemos hablado de las enfermedades que causa el veneno, hay que discernir y reconocer en este tratado los signos particulares del cuerpo en cuestión, cuyo número llega a ser tal que ni siquiera se les puede enumerar. Tened en cuenta entretanto esta cuestión: el rejalgar engloba y comprende todos los

compuestos del arsénico y del oropimente. Quien, a través de largos, prolijos y asiduos estudios acerca de las infecciones corporales, sabe profundizar en los diferentes aspectos de las mismas, puede distinguir con tanta más precisión los diferentes espíritus. Exponemos el tratamiento del rejalgar, ya que es preciso que hablemos de los arcanos. La cura debe ser particular; como dicen los humoralistas, hay que especificar las cosas minuciosa y cuidadosamente. Se pueden, pues, distinguir y estudiar varias especies de rejalgar, así como varios tipos de antimonio, englobando todas las marcasitas, el talco, el ocre, &, porque la absorción del veneno del antimonio causa una tos seca y cavernosa, frecuentes punzadas en el costado y migrañas, un fuerte estreñimiento, dolores al nivel del bazo, un acaloramiento sanguíneo, escaras y comezones, una consunción y un aumento de la secreción biliar. Estos signos provienen de un espíritu de antimonio que se desprende de los minerales de los que hemos hablado. También debéis saber que, bajo la denominación de álcali, numerosos minerales mandan a los hombres sus efluvios, que son tóxicos. En el capítulo consagrado al álcali, la muerte se manifiesta así: respiración corta, fetidez de la boca, esputos, quemazones y acideces, tal como si se tratase de una enfermedad de estómago. Éste deviene poroso, el enfermo sufre dolores y desgarramientos en el vientre, el veneno deseca, roe los pulmones y el estómago, destruye el hígado y el bazo, descompone los riñones, aumenta la secreción urinaria, roe la región renal, presenta

orinas sucias y sanguinolentas, y excita y despierta las enfermedades locales. el álcali comprende las variedades del vitriolo azul y blanco, las tres variedades de alumbre, el tosco, el cuarteado y el suave o aterciopelado, así como las variedades de sal gruesa, gema, silícea y otras. Tened muy en cuenta esta enseñanza. Aprended a distinguir los minerales entre sí y las distintas especies de un mismo mineral. El oro, la plata, el hierro, el cobre y el estaño liberan un rejalgar, un antimonio y un álcali. Para proceder a la cura, aprended estas distinciones entre los cuerpos y las modificaciones según los terrenos, porque la vista descubre ya en los simples grandes diferencias entre Hungría y Estiria, diferencias de aspecto y, sin embargo, identidad de minerales. La Etschberg y la Inischenberg juntas se oponen a la elevada montaña de Misnie, y así sucesivamente. La Rauris y el Gastein, el Linzgau y el Bangau son más parecidos que dos galerías vecinas. La experiencia nos tiene que hacer comprender esos carácteres necesarios para el estudio de las enfermedades. Hay que conocer y ver el modo de actuar de todos esos cuerpos, la manera en la cual manifiestan su malignidad y una toxicidad ya notables en las diferentes variedades: por eso el azufre de la marcasita despierta, y el del vitriolo adormece y mata. Asimismo, las sales y los mercurios se oponen entre sí. Que cada uno experimente.

Capítulo cuarto

Pese a la ingente cantidad de enemigos nuestros difícilmente enumerables, esta decepción no es en modo alguno necesaria para el médico; puesto que quien quisiera ahora entrar en detalles, introduciría demasiados errores en su práctica. Ésta combate las enfermedades mediante los arcanos. He aquí lo que es un arcano. Sabéis que a partir del oro se extraen, además de otros, numerosos compuestos del arsénico; quien quiera encontrar un remedio particular para cada especie, se aleja del arcano y toma el arduo y espinoso camino que conduce al error. Mas, quien se decide a coger el oro por su mano, alcanza el arcano: lo bueno cura lo malo que se encuentra a sus alrededores. La ictericia, por ejemplo, cura las consecuencias de la ictericia, una misma cosa contiene lo bueno y lo malo. La ictericia nace de la parte mala y, a partir del momento en que son separados lo bueno y lo malo, el arcano aparece; y por el hecho de que cura la enfermedad biliar, se le da el nombre de arcano. Muchas ictericias pueden nacer de esta parte mala. Quien quiera, pues, considerar la ictericia de cada individuo como un caso en particular, no sabe lo que es el arcano, el cual, él mismo, cura todas las variedades de ictericia. El médico especialista que, para cada tipo de ictericia, quiere encontrar un régimen y un remedio particular, empleará demasiado tiempo en perjuicio del enfermo. Del tipo de cura y de la prescripción de esta cura viene el láudano, es decir, la materia perlada

parecida a una perla extraída que cura la enfermedad nacida de sus elementos malos, por eso el remedio que cura la parálisis debe sacar sus orígenes del mismo elemento que ha causado la enfermedad. Se actúa según el arcano, y así se curan muchos tipos de enfermedades. Así pues, refiriéndonos a los minerales, hay que decir que el oro es un remedio para todas las enfermedades contraídas por los mineros. Quien posee a Saturno, posee también el arcano de las enfermedades surgidas del plomo, &, de tal manera que las mismas manos reparan el daño que han causado. Y lo que los arcanos no pueden cuidar, no puede ser cuidado por otros métodos. Así como una picadura o una herida contra las cuales no se han encontrado todavía ni remedio ni socorro alguno, nos conducen necesaria e indefectiblemente a la muerte, asimismo los minerales penetran en los miembros vitales y son comparables a picaduras o a heridas mortales.

Termino aquí, en este tratado, la exposición de los hechos que me había propuesto y que creo suficiente. Puesto que hemos determinado con bastante precisión cómo el asma tiene su nacimiento entre el cielo y la tierra, cómo la enfermedad de los mineros nace bajo tierra, y en qué medida esos tóxicos actúan unos sobre otros, preciso será ahora abandonar esta cuestión y exponer la terapéutica de estas enfermedades.

Cuarto Tratado,
de los principales puntos de la terapéutica de la enfermedad de los mineros

Capítulo primero

Puesto que no conviene ahora hablar ya más con los sabios y los filósofos, y sí conviene, en cambio, examinar lo que representa el bien para los mineros con aquéllos que ya tienen experiencia, y a fin de desviar de ellos la enfermedad; lo sensato, lo propio y la práctica fundamental de gente experimentada es la moderación en las palabras, ya que les bastan algunas breves palabras para definir el medio de devolver la salud a los enfermos, y las charladurías no pueden curar ni agradar a los enfermos, ni éstos pueden conceder su asentimiento. Los fundamentos y las bases de la experiencia suponen también que su obra sea comprensible a cada uno y que se revele a cada cual, por ella misma y sin cháchara innecesaria. Es preciso, pues, poner ahora atención en la práctica, tal cual es, sin hacerla salir de sí misma; dejando que la experiencia se justifique, considerad las obras y concededles crédito, a fin de que logren que crean en la medicina todos los incrédulos; porque las obras son hasta tal punto puras, que no necesitan la ayuda de la retórica. Las exponemos en las páginas siguientes. Que la experiencia de cada uno sea moderada, porque ¿quién

puede y quién sabe traspasar el término de la medicina? La medicina es una enseñanza dada y creada para no tener término.

Capítulo segundo

En cuanto a todo lo que se refiere a las enfermedades de las montañas, tomemos, ante todo, esos artículos y dividámoslos en capítulos. En primer lugar, es preciso prevenir las emanaciones salidas de las montañas para que no contaminen al minero. Eso deberá cumplimentarse antes de que el minero se haya sometido a las mismas en las montañas y en los filones de los minerales. En segundo lugar, sabed que las emanaciones tóxicas roen las principales partes del cuerpo, todas sin excepción, tales como los miembros, los pulmones, el hígado, el bazo, el estómago, las entrañas, &, y sabed, además, que todas estas partes roídas se pudren. Esta putrefacción no puede ser curada simplemente por la restitución o por el reemplazo de la parte que se ha amputado. Mas, para prevenir los brutales ataques de las úlceras, es necesario la utilización de un remedio profiláctico. En tercer lugar, sabed que, en los siguientes capítulos, tratamos sobre la manera de seguir un régimen ordenado mediante el cual el hombre se preserve y no facilite a las emanaciones minerales razón alguna para que le dominen. En cuarto lugar, sabed también que existe una curación natural mediante los remedios y

los medios que eliminen el asma natural, puesto que esos remedios de los que a continuación procederemos a su exposición, curan también la enfermedad de los mineros. En quinto lugar, tratamos de la curación mediante los arcanos. Hemos dicho que cada uno de los tres elementos buenos de una marcasita puede curar a los tres elementos malos respectivos. En una sexta parte, concluiremos este primer libro.

Capítulo tercero
Sobre el remedio profiláctico para conservar el vigor de la juventud

Interpretad y retened este ejemplo: el cielo nos contamina gracias a la intermediación de su astro, a tenor de la parte que le redunda y del grado que le está asignado. A nosotros nos es imposible el oponerle resistencia, ya que no está en nuestro poder el prevenir su influencia. No podemos hacer cesar la nieve o la lluvia; por lo mismo, debemos dejar actuar a las impresiones de los espíritus minerales. Mas, observad que, así como se encuentra un techo contra la lluvia y una sombra contra los ardores solares, existe también una vía que está al abrigo de la impresión mineral. Hela aquí: las esencias de tártaro tomadas y absorbidas una vez al mes, con fuerte sudoración, preservan a un sujeto que no ha sido jamás contaminado. He aquí la fórmula: dos onzas de jarabe de ácido tartárico, una pizca de aceite de colcótar, medio cuarto de onza del

láudano más puro, mezclados y tomados en la cantidad del equivalente a tres granos de cebada. Aunque, administrada una vez cada seis meses, esta mixtura pueda bastar para devolver la salud, el médico tiene la palabra y es libre en el tratamiento. El *perlatum auri* sobrepasa, no obstante, todos los demás medicamentos.

Capítulo cuarto

Otro remedio profiláctico contra la putrefacción

La *manna calabrina perlata* es el mejor remedio para todos aquéllos que están sometidos a la gangrena que hemos descrito. El maná es una substancia dulce y gomosa extraída de ciertas variedades balsámicas. Presenta propiedades y poderes profilácticos para la gangrena. Preserva el cuerpo y es eficacísima para poder resistir las destrucciones operadas entre los mineros por esta gangrena. Por otra parte, es necesario saber que hay tres tipos de manás: en el vitriolo, en la ortiga y en la calamita (piedra de imán). Los bálsamos extraídos de estos tres manás tienen virtudes profilácticas de la gangrena. El maná del vitriolo es extraído partiendo de su flema, hasta que alcance cierta suavidad maléfica que, bruscamente, le cambia el color a pardo. Su dosificación es de una gota al día en agua de verónica. El maná de la ortiga debe ser transformado en álcali. Su estado líquido debe ser

corregido en el *venter equinus* hasta convertirse en una substancia oleosa que luego hay que aislarla de sus posos. Dosificación: cuatro gotas al día. Para extraer el maná de la calamita, hay que transformarlo en alcohol, fijarlo con la misma cantidad en peso de limaduras de acero, aglutinarlo con polvo de sangre en un recipiente de vidrio y llevarlo a ebullición en aceite de batiduras durante un mes. Luego, las limaduras son separadas de la calamita y cocidas a fuego lento en vino rectificado hasta que ésta adquiera un color rojizo. Una vez la substancia roja está aislada del vino, el maná de la calamita se deposita en el recipiente. Tiene el mismo efecto que el vitriolo e impide la gangrena.

Capítulo quinto

Definición del régimen

Hasta ahora, los médicos han mantenido el hábito de prescribir, con celo extremado, manjares y bebidas. Incluso en las enfermedades que ellos bien conocen, actúan así: se está de acuerdo con ellos y se les deja hacer. Sin embargo, esto es imposible en el caso de la enfermedad de los mineros: ésta tiene otro cielo, que no es precisamente el cielo exterior y superior, sino que es la misma tierra. Sabed, pues, que cada cielo debe prescribir, dentro de su dominio, un manjar particular, y lo que se hace en la superficie de

la tierra, depende del cielo superior. Pero el régimen, los manjares y las bebidas, en el cielo terrestre, deben ser tomados en este mismo cielo. Ahora bien, el hombre, congenitalmente, no está dispuesto para este alimento, porque ha nacido en la superficie de la tierra; depende, pues, del gobierno exterior, se preserva del asma exterior, y el astro interior permanece sin conexión con el astro exterior. Que se preserve de las cosas que causan el asma, como lo hemos mostrado en los capítulos precedentes. Y que observe también que, en la montaña, el calor enfriado por el agua no provoca una enfermedad exterior, sino una enfermedad propia de las minas. Esto es válido también para las demás enfermedades. El régimen particular en las minas, y que debe ser observado, es el siguiente: esforzarse, dentro de lo posible, en salar los manjares con sal surgida o extraída de la montaña, evaporada y preparada como una sal normal; utilizar también, en lugar de especies, una sal de alumbre que no sale en absoluto pero que especie. A criterio de los especialistas dejo la labor de describir e indicar, más de lo que yo he hecho, la sal y las especies contenidas en los minerales, y la de corregir cuanto digo.

Capítulo sexto

Puesto que en todo es preciso atenerse a la naturaleza, que es el motor necesario a las cosas, no hay que fiarse tampoco de la simple verosimilitud de las

glosas de los escritores, sino que es necesario continuar explorando la naturaleza, fuente de una doctrina y de una enseñanza precisas. La naturaleza nos dice que solamente debemos tener en cuenta a los arcanos y no a los compuestos. Luego, los arcanos en los cuales el hombre se ha consagrado son así utilizables en la enfermedad de los mineros. Aunque se trate de otro cielo, parece evidente que el hombre salido del mundo superior puede protegerse mediante tales arcanos y que los espíritus minerales no pueden resistirse a la introducción de un arcano natural en una variedad mineral. Y aunque los minerales posean su medicina particular como los planetas tienen la suya, el hombre se inclina hacia ambos lados porque se somete a las reglas de ambas moradas o mansiones. El agua de pan amargo es uno de los arcanos que cura toda suerte de asmas no gangrenosas. Los pulmones están al abrigo de todo mal si se les lleva al estado diaforético. Lo mismo ocurre con el hígado, el estómago y demás; puesto que en este estado los espíritus minerales no tienen ya más acción nociva alguna y subsanan sus lesiones a través de su naturaleza diaforética: ningún mucílago, ni resina, ni tártaro alguno se fijan a un cuerpo que transpira. Todos los elementos que pueden causar lesiones bajo estas tres formas y en todos los miembros, prosiguen su acción gracias a la ausencia de substancias que provocan la transpiración. Ningún cálculo ni ninguna piedra se fija en una vejiga diaforética o en un terreno diaforético. En otra parte desarrollaremos más ampliamente esta natura-

leza, resumida ahora lo más brevemente posible. Para aquéllos que conocen a la naturaleza, pero que desconocen su práctica, todo lo expuesto sobre el tratamiento ya les basta. Expondremos ahora lo que una concepción semejante supone en el mundo mineral.

Capítulo séptimo

Prosigamos, pues, nuestro estudio acerca de los productos del interior de la tierra. Comprended que su única finalidad es la de restaurar los miembros lesionados y la de forzarlos a transpirar para que exuden y se abran como la piel dentro del baño. Y aunque estuvieran recubiertos de tártaro como un tonel, revestidos con un betún viscoso o con un álcali, ninguna película permanecería pegada a la piel, si, desde su interior, hubiese suficiente aflujo de sudoración. Interesémonos ahora solamente por la naturaleza diaforética de los miembros recubiertos por tres productos: rejalgar, antimonio o álcali. El rejalgar es el humo o el vaho, el antimonio el mucílago o, más exactamente, el barniz, y el álcali, el tártaro. Estos tres productos entorpecen los órganos de la respiración. Observad que los metales sueltan tres clases de arcanos perlados de los cuales cada uno de ellos conserva su naturaleza diaforética y cuya única finalidad es la de destruir a los tres tártaros más arriba indicados. Estos arcanos devuelven a los miembros su propia humedad natural que limpia, separa y evacúa el

tártaro a través de los orificios de los miembros. La medicina mineral, la que se ocupa solamente de los metales, extrae el vitriolo del oro, para establecer su cura, pasa el azufre por la prensa, da a su primera materia la forma de una plata-viva (hidrargirio o mercurio) líquida coloreada de pardo. Esta plata-viva se disuelve por sí misma. No es utilizable sino hasta el momento en que se resuelve por sí misma en agua. Podéis tratar a los siete metales al igual como tratáis el oro, en un mismo proceso y modificando solamente la preparación de la cual hablamos exhaustivamente en nuestro libro acerca de la muerte de las cosas. Inútil es ahora el manifestar más cosas sobre dicha cuestión.

Capítulo octavo

Para quienes se ocupan de la naturaleza, los primeros tratados son difíciles y extraños; también la ciencia de las montañas les es, en efecto, difícil y extraña; es preciso, pues, continuar experimentando a la luz de la naturaleza. Partiendo del hecho de que todas las ciencias provienen de Dios y de que la medicina ha sido creada para los enfermos, ésta no debe permanecer ni escondida, ni secreta. En los tres primeros tratados nuestros propósitos y todo lo manifestado era bueno y preciso. En el cuarto tratado, alguien puede quejarse de que no trato a la medicina siguiendo el orden habitual. Pregunta a la que respondo que, si fuese de utilidad, no habría olvidado ese

orden habitual. Pero, debido a que la enfermedad no ha cedido, mis principios eran necesarios, ya que las obras juzgan la necesidad de las cosas. Sin duda, sé que algunos encuentran en demasía muy difícil el esfuerzo que hace falta para comprender estos medicamentos. Ruego que se conformen con esta respuesta: en las minas, únicamente en las minas, los maestros de las minas en particular y aquéllos que tienen la experiencia de los metales han comprendido la mayor parte de mis palabras y les han parecido suficientes. Juzgo suficiente que comprendan aquéllos a quienes la cosa concierne. Se debe siempre hablar a los especialistas. Si esta enfermedad concierne a la mina, este libro concierne, pues, a la mina. Es a los mineros a quienes corresponde que sea comprendido.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

Libro Segundo de la enfermedad de las montañas concerniente a aquéllos que funden y que extraen el mineral, aquéllos que queman la plata y que trabajan en el fuego metálico

Primer Tratado, de la materia que daña a esta gente

Capítulo primero

TODO cuerpo sometido a la prueba del fuego puede ser considerado bajo dos aspectos: por su cuerpo fijo y por su cuerpo móvil. No hablamos aquí ahora del cuerpo fijo que no ejerce acción nociva alguna sobre el hombre durante el trabajo del fuego. El tema de este libro es el cuerpo destructible que acompaña siempre al cuerpo fijo y que el fuego revela y determina, puesto que el fuego separa lo constante de lo inconstante. Como sea que el hombre lleva a término la separación de los cuerpos, debemos explicar lo que le ocurre durante esta operación: las cosas móviles no están exentas de veneno y de peligro. Cada cosa buena debe ser, efectivamente, separada del

elemento malo, si se le quiere obtener. Y, ya que la regla quiere que la dicha vaya siempre acompañada de la desgracia, el enemigo que acecha se infiltra siempre en los lados del bien. Quien quiera el bien, debe atenerse igualmente al mal. El hombre persigue los metales sin tener en cuenta los males corporales. Se apasiona con tal violencia por las cosas, que llega a meterse en medio de sus enemigos, e incluso viéndose rodeado y cercado, permanece para lograr hacerse con el bien que contiene el veneno. El fundidor observa las emanaciones minerales tóxicas, y se da cuenta, al notar el gusto de esta humareda de las funciones, que ésta le es nociva. Olvida su propia salud, olvida la toxicidad de los cuerpos, no se da cuenta de que su boca y su nariz permanecen abiertas, respira estas emanaciones al tiempo que aspira el aire vital, nota y siente o presiente que este veneno, a la larga, significa su muerte. Pero, pese a todo esto, Dios quiere que el hombre explore y descubra, sin excepción, todos los tesoros y todas las maravillas divinas que manifiesta en los metales. Así ha instituido el arte del prospector y ha hecho necesarias la separación y el aislamiento del oro y la plata de sus minerales. Siendo estas cosas de orden divino, y siendo las enfermedades una incidencia de las mismas, Dios ha instituido para ello al médico que previene, desvía y aleja las enfermedades contraídas al proceder a la persecución y análisis del orden divino, ya que Dios es lo bastante bueno para no abandonarnos jamás. Al perseguir estas obras emanadas de su piedad, encontramos una

medicina que posee una fuerza lo bastante grande para superar a todos los venenos. Hay que basar este libro en esta piedad divina de las grandes e inconmensurables virtudes de la medicina. Estos modestos tratados plantean la esencia de la enfermedad, las cualidades y la naturaleza del cuerpo destructible, y la terapéutica que concierne a la monarquía de enfermedades semejantes.

Capítulo segundo

El cuerpo destructible —ésta es su naturaleza— tiene, pues, tres cuerpos: sal, azufre y mercurio. El fuego separa estos tres cuerpos. El cuerpo fijo tiene también estos tres cuerpos. El cuerpo fijo se separa, no obstante, del cuerpo no fijo. Cuando el cuerpo destructible empieza a disociarse por la acción del fuego, una parte se transforma en sal, es decir, en cenizas y escorias. No hay nada más que añadir a este manifiesto.

El tema de este libro es el cuerpo sulfuroso y el cuerpo mercúrico. El cuerpo sulfuroso es el fuego, puesto que el azufre arde por sí solo. El cuerpo mercúrico es el humo o vaho que se desprende del fuego. De estos dos cuerpos, provienen las enfermedades de los hombres que trabajan con el fuego. Ante todo, tenemos que considerar e indagar cuál es este cuerpo sometido a la acción del fuego, ya que este cuerpo determina las variedades del fuego y del humo, y cada

metal posee su propio fuego y su propio humo. El humo del mineral de estaño, por ejemplo, no es el mismo del mineral de cobre o de plomo. Y, aunque siempre se trate de fuego de azufre y de humo de mercurio, hay que distinguir múltiples variedades, así como también para las cenizas y para las escorias. Procuremos que la experiencia y la observación nos ayuden a discernir estas cuestiones. Contemplemos solamente el aspecto de todo lo que arde y el de todo lo que humea: cada fuego tiene un aire particular y característico que le proviene del azufre. Este aire tiene su naturaleza propia que le proviene de una impresión del mineral de azufre. Asimismo, el olor característico del lisol le proviene de una impresión natural ligada a su cuerpo. El azufre posee también este olor al que se denomina aire. Por eso quienes trabajan el fuego aspiran este aire que proviene del fuego y no del mundo exterior, de la misma manera que aspiran una niebla, aire igualmente particular. Observad como este aire particular, compuesto a partir de los elementos destructibles en el elemento ígneo de los cuerpos, puede ser un alimento de la misma categoría que el aire habitual. La salamandra es la prueba de ello: ésta no vive del aire del que el hombre se nutre, sino del aire particular al fuego. La salamandra respira este elemento fuera del cual no podría vivir. Comprended que una particular forma del elemento aire nace pues también del mineral de azufre. Y así como el fuego exhala un calor, este aire que solamente está contenido en el fuego confiere al

mismo aire estas propiedades al igual como el lisol confiere su gusto. Se puede decir del lisol, según su naturaleza, lo que se dice del calor del fuego. Se trata de una misma mezcla aérea particular.

Capítulo tercero

Prosigamos; el cuerpo mercúrico no permanece ni en la sal, ni en el cuerpo del azufre, sino que huye del fuego. Sabed que, al evadirse, se transforma en humo. La causa de ello es la disociación creada por el fuego. A menudo, ocurre que el fuego transforma el mercurio hasta el punto de que llega a ser irreconocible. He aquí cómo estudiarlo: el humo de mercurio no se consume ni desaparece del mismo, solamente se deposita. Si el fuego lo destruye como el azufre y la sal, vuelve a tomar cuerpo en frío y se deposita en forma de colada. Entonces puede determinarse su variedad, puesto que todo humo o vaho no es más que un mercurio. Debido a que permanece semejante a él mismo, como se le puede conocer y determinar, se puede discernir y calibrar su toxicidad. He ahí las variedades y el contenido del humo de las fundiciones. El mineral desprende arsénico, rejalgar, oropimente y otros. Al mismo tiempo que reconocemos que se trata de mercurio, determinamos que este humo es un arsénico, un rejalgar, un oropimente. Reconocemos además su toxicidad, el peligro que supone para nuestra vida, y podemos observar y des-

cubrir que su solo contacto es malsano. Hay precisamente que considerar y tener en cuenta que el humo, antes de ser fijado, posee los mismos poderes tóxicos que cuando está fijado. Es muy claro y evidente que aire y humo se mezclan para formar una mezcla indestructible. Pero el hombre que tiene necesidad de aire aspira también necesariamente este mercurio, puesto que el hombre no puede disociar los elementos del aire. El aire debe ser absorbido en su compejidad.

Capítulo cuarto

Dado que el hombre no puede descomponer el aire, lo que el fuego confía al aire permanece en este aire; efectivamente, el aire no asimila el humo. He ahí la cuestión que conviene tratar ahora. El mercurio, que permanece, es atraído por las estrellas del firmamento. Sube de la tierra hacia la región estelar; asimismo, las agujas de las brújulas se vuelven y son atraídas hacia los imanes que están en el mediodía. Sabed que el mercurio que ha sido separado del fuego y que ha sido expulsado del mismo, se encuentra cerca de los astros. Éstos, antes de que existiera, han sido por otra parte sus cocineros y sus preparadores. Lo preparan por segunda vez, lo identifican con la misma constelación, comunicándole también su impresión: esta unión causa las fiebres. Pero mi intención no es la de hablar sobre ello. Ahora voy a hablar solamente de los mineros, y dejo otros aspectos de la cuestión para los

libros especializados. Como sea que, al mismo tiempo que respira el aire, el hombre respira este humo, quiero explicar ahora los males que provienen de un hálito tal. Éste no es más que *mercurius peccans.* Tened en cuenta, sobre todo, esta distinción: el aire verdadero lleva a cabo su verdadera misión sin ayuda del mercurio. Cuando cierta agua enturbiada es bebida, porque se tiene sed, es el agua la que, interpretando su papel, apaga la sed sin que los elementos que enturbian a esa agua interpreten un papel. Asimismo, en lo que concierne al aire, los elementos buenos se separan de los elementos malos en el corazón del hombre, es decir, en los pulmones. Esta separación está en la base de muchas materias últimas. El mercurio penetra en los pulmones. Las paredes y la región pulmonares se desecan con el tiempo y el mercurio se fija en los pulmones, en el mismo terreno al cual ha causado la desecación. En su conjunto, los pulmones son comparables a un *venter equinus* con todas sus propiedades y todos sus poderes. El mercurio debe, pues, por sí mismo, alterarse, y debe, mediante la acción de este *venter equinus,* transformarse de forma diferente a como ocurre en las fundiciones. Hagamos una comparación con el alimento: éste es delicado y atrayente; una vez que penetra en el estómago, toma una forma horrorosa bajo la acción del alambique estomacal; luego penetra en el intestino, y se transforma de nuevo bajo la acción del alambique intestinal. Observad como el cuerpo ofrece gran cantidad de digestiones, de la que la asimilación pulmonar es un ejemplo.

Capítulo quinto

Prosigamos; cuando el mercurio penetra en los pulmones se deposita contra una pared, en forma regular o bien según el azar. Hay poco que decir a propósito del lugar de la fijación, puesto que la anatomía prèsenta cantidad de casos parecidos de sublimación y es sumamente útil que todos los conozcamos. Pero, una vez que el mercurio ha penetrado en los pulmones, la acción del *venter equinus* se manifiesta: este mercurio es transformado, ora por putrefacción, en un aceite o en una grasa, o en una materia viscosa que se asemeja a la esperma o a la gelatina de cerdo, ora en una solución de adragante, en un mucílago de alholva, en un engrudo para el cuero, o para el cuerno, &. Sabed que allí donde se producen tamañas putrefacciones, se pueden determinar las materias últimas que son las consecuencias de la acción del *venter equinus* del pulmón: puesto que todas las cosas que penetran en una región y que no son el alimento de esta región del cuerpo, no pueden ser digeridas. El *venter equinus* opera su putrefacción, dando nacimiento a un elemento espeso o líquido, según el caso. Observad atentamente si esta solución putrefacta se deposita, ora en los canales pulmonares, ora en los músculos, según los casos. Tales soluciones poseen a veces un gran poder al penetrar por los poros hasta la región de los riñones. A través de esta penetración, se encuentra en la orina una especie de materia última, ora bajo la forma de aceite, ora bajo solución de adragante, ora

bajo la forma de persicaria, lo que, a menudo, se considera como una enfermedad renal. Se encuentra también, a veces, esta materia en las mismas sudoraciones. Esos fenómenos se basan en la putrefacción sutil que realiza un gran artista, el *venter equinus.*

Segundo Tratado del Libro Segundo sobre el humo metálico

Capítulo primero

Prosigamos el desarrollo de nuestros planteamientos. Hemos hablado del cuerpo destructible que se manifiesta en la separación de lo que es bueno y de lo que es malo. Hablemos ahora de los elementos malos que, en ciertos cuerpos, están impresos y unidos a los buenos elementos hasta un punto tal, que parecen no poder disociarse de los mismos. El humo metálico, el fuego y las escorias son los tres únicos cuerpos destructibles de los que hayamos hablado. Pero son la mitad fijos, ya que están unidos al cuerpo fijo. Los metales tienen pues una sal semifija, un azufre semifijo y un mercurio semifijo. Son ellos los que privan y apartan a los metales de este carácter fijo y cuya triple acción destruye a todos los metales; por eso ellos tres significan la muerte de los metales: lo que les acompaña da como resultado las escorias. Lo que se convierte en incandescente es el azufre. Lo que

se escapa en forma de humo es el mercurio. Esos cuerpos habitualmente fijos, por las mismas razones, están sujetos a una destrucción metálica y su fijación metálica no sobrepasa el momento en el cual la acción del fuego destruye a los metales revelando, de consiguiente, los tres cuerpos destructibles. El oro y la plata, sin embargo, no se comportan como los demás metales. El oro no parece dar ni liberar escorias ni humos. Ved la diferencia: si la vista no percibe ni la sal del oro ni la de la plata, en lo concerniente al cobre y al hierro por ejemplo, el peso muestra, no obstante, la desaparición de una parte del metal visible. Mientras que, en esos dos metales, la sal se revela en forma grosera del oro y de la plata se desprende sutilmente y no se descompone sino hasta el final, y el cuerpo sulfuroso del oro y de la plata se descompone bajo la acción del fuego; por eso, las flores que se perciben durante la extracción y las soflamas multicoloreadas que las acompañan, provienen del azufre presente en el oro y en la plata. Estas llamas son una descomposición metálica comparable a los colores de fuego que se observan en el hierro y en los demás metales según los diferentes tipos de azufre. La misma demostración puede efectuarse a propósito del mercurio, el cual se escapa también en forma de humo; por eso, todo cuerpo sometido al fuego desprende un humo que es distinto según el estado del cuerpo fijo. Entonces, sabed pues que, en cuanto a los metales que se forjan y que se someten al fuego, los vapores de azufre y de mercurio que éstos exhalan son tan sutiles que, para

percibirlos, hace falta poner una atención muy particular.

Capítulo segundo

Existen ciertos metales fijos que ofrecen una descomposición cuyos efectos no son tan rápidos como la primera. Sabed que quienes trabajan en los metales pueden experimentar y sufrir sus efectos. Estos metales son de clase más sutil y más fina que aquéllos de los que hemos hablado. Tampoco se les reconoce tan fácilmente por la sutilidad de sus emanaciones en el pulmón, como se reconocen los humos de las fundiciones. Debido a que sus vapores son casi fijos, el *venter equinus* no tiene efecto alguno sobre ellos. Su última materia penetra las distintas partes del pulmón y obra como una tintura que se descompone dentro del cuerpo sobre el cual actúa, de tal manera que no se puede distinguir el cuerpo de la tintura, que ambos son una sola y misma cosa y que el cuerpo toma los caracteres de la tintura; el cobre coge los colores del mineral de zinc, sufre su tiranía sin cesar de ser cobre ni ser atacado por él. Pero los pulmones, teñidos por los minerales, no pueden resistírseles: la tintura los ataca y los roe, al igual que cualquier agua fuerte (especie de ácido nítrico diluido) puede decolorar un vestido de tela. La acción de la tintura se hace sentir sobre las demás partes del cuerpo que sufren su acción, en particular sobre los pulmones y sobre el

estómago. Estos vapores metálicos penetran también en el cuerpo y tienen la acción que hemos descrito en los lugares donde se depositan. Cuanto más numerosas son las enfermedades de ese tipo, más tienen todas un punto común: su acción corrosiva. A causa de su movilidad, es difícil el describir la gran cantidad de signos curiosos y las múltiples variedades que solamente puede aprehender y descubrir una experiencia amplia y veterana. Así también, todos los médicos deben saber que todas esas enfermedades son de cariz metálico, puesto que la tintura sulfúrica y mercúrica tiene una acción tan viva y tan intensa que corroe a todos los humores, a todas las propiedades y a todas las complexiones naturales, y que, como tintura, impone a todas sus propios carácteres. El médico debe pues saber descubrir y reconocer las tinturas y no los humores: toda la ingente cantidad de enfermedades que nacen de estas causas, tales como la hidropesía, la ictericia, la atrofia de los miembros, las fiebres, &, están regidas por la tintura metálica que se opone a las cualidades innatas y naturales. Por eso, el médico debe sobrepasar los conocimientos normales. Las enfermedades de los metales no son, en modo alguno, las enfermedades de los humores.

Capítulo tercero

Estos espíritus de los que hablamos no pueden ser separados por el hombre; el hombre que vive en el

aire vive también en medio de esos espíritus. Sabed que no solamente penetran a través de los bronquios, sino también a través de la nariz. La parte más sutil de este aire no vuelve a descender hacia la faringe, sino que se eleva hacia el cerebro y hacia las regiones adyacentes, pues el cerebro, entendedlo bien, tiene necesidad de aire como los pulmones, y lo que se ha dicho sobre los pulmones se aplica también al cerebro. Así pues, el cerebro es el lugar de nacimiento y crecimiento de diversas putrefacciones, tales como tártaro, rejalgar y humo. La nariz es el conducto a través del cual el aire se dirige al cerebro; la parte más sutil y la parte más grosera de este aire se oponen antes de llegar al pulmón, y, cuando la nariz tapada no deja pasar el aire, éste se eleva desde la laringe pasando por las ventanas interiores de la nariz. También los males, las pesadeces y las jaquecas y demás migrañas tienen el mismo origen que la parálisis, la letargia y demás sufrimientos. Por eso, estas enfermedades que se manifiestan y se revelan según los antiguos principios son idénticas al cobre blanco o al oricalco. Se tendría la antigua enfermedad, si la tintura no estuviera presente; pero la tintura que no puede ser aislada de la enfermedad, sin daño, proporciona ahora el nombre a la enfermedad; esta parálisis se denomina parálisis mineral, y esta letargia, letargia mineral, &. A la variedad de las enfermedades según los principios antiguos, corresponde una variedad semejante de tinturas. Así se comprende que los primeros vapores de los humos de fundición conciernen también al cerebro; pues

éstos contienen gran número de vapores sutiles mezclados con el aire sutil, que desfavorecen únicamente al cerebro, y que causan bronquitis, pituitas, coriza, catarros, &. Lo que hemos dicho a propósito del cerebro y de los pulmones, es aplicable también al estómago. Y pese a las numerosas críticas, la anatomía del estómago manifiesta la presencia visible de humo, de tártaro, de rejalgar, y también de betún, de mucílagos, de resinas, &. Pero el descenso imperceptible del aire hacia el estómago puede ser, sin experiencias, difícilmente estudiado y entendido.

Capítulo cuarto

Prosigamos; todos los oficios poseen un espíritu metálico particular, espíritu del hierro para aquéllos que trabajan el hierro, espíritu del cobre para los que someten el cobre a la acción del fuego, &. Aquéllos que trabajan el cobre amarillo (latón) están sujetos a los espíritus del cobre y del mineral de zinc al mismo tiempo, aquéllos que trabajan el cobre blanco y rojo (bronce) experimentan también los efectos de los vapores metálicos y de los de las tinturas correspondientes. No es necesario explicar más adelante cómo son detectados estos vapores. La experiencia de los obreros que trabajan metales es también necesaria. Aquéllos que se dedican a extraer la plata absorben sin cesar un humo de plata y un humo de plomo, con todas sus propiedades, mientras que aquéllos que

queman la plata sufren tan sólo los efectos del humo de plata. Aquéllos que fabrican el minio experimentan los efectos del humo de plomo y aquéllos que fabrican el albayalde y el óxido de plomo sufren los efectos de un humo de plomo corrosivo; porque cuando un metal está a punto de escindirse, libera un vapor muy intenso. Aquéllos que fabrican el vidrio de filigrana caen bajo los efectos de un vapor vivo de mercurio y de azufre. Aquéllos que funden el zinc, caen bajo el efecto de un sutil vapor de tipo cuádruple: marcial, jupiteriano, venérico y el de un mineral de estaño impuro y no acabado. Aquéllos que trabajan en el esmalte, caen bajo los efectos de un espíritu de plata muy activo y complejo. Aquéllos que trabajan en la superficie experimentan más aún los efectos de la enfermedad de los pulmones. Aquéllos que trabajan en el cinabrio sufren los efectos del espíritu de la plata viva y del azufre.

Observad la multiplicidad de vías y de formas que toman los oficios metálicos para envenenar y atacar a su maestro y a los aprendices y discípulos del arte de Vulcano. Cuanto más se eleva el arte y más se diversifica, más aumenta el número de enemigos y de peligros; asimismo vemos que el fuego no nos envenena en absoluto sutilmente, si no lo utilizamos sutilmente, y a la sutilidad de nuestras búsquedas éste opone la sutilidad de sus venenos. He aquí un ejemplo: el oricteropo trepa a su agujero y no causa ningún daño, pero si queremos llevar nuestras búsquedas hasta un punto más avanzado, debemos atenernos a

que nuestro cuerpo y nuestra vida sean aniquilados incluso antes de que el provecho que hayamos sacado nos haya enriquecido. Éste es el lote que reciben todos aquéllos que en el fuego encuentra la alegría y el placer: los resultados no son más que múltiples sufrimientos. Los epicúreos encuentran su alegría en el bien comer y en el beber bien; a cambio, les aguardan graves enfermedades. Aquél a quien le gusta hablar, es ofendido por sus mismas palabras. No hay amor sin sufrimiento.

Capítulo quinto

Observad, pues, como las cosas se las tienen con tres regiones del cuerpo: con el cerebro, con el pulmón y con el estómago. Sabed que estas partes del cuerpo no guardan exclusivamente para sí mismas sus enfermedades, sino que las esparcen a través de todo el cuerpo entero. Ésta es una de las razones por la cual es preciso interesarse más seriosamente por las enfermedades minerales. Porque, si el cerebro aqueja una enfermedad mineral, el cuerpo entero sufre de la misma. Los vapores actúan como la miseria (piojos) sobre la piel. El mercurio roe y desgarra como una brasa, en el lugar donde se deposita. Esto es la causa de múltiples lesiones, manías o enfermedades nerviosas, &. La acción corrosiva prosigue continuamente en la región circundante, como la de una plaga de piojos. Incluso llega a ser más que una acción que roe y

desgarra; sus variedades y nombres no han sido jamás explorados y no tenemos aquí sitio o lugar para dar un nombre a todos esos fenómenos. Mas, procurad que cada cual vele para conocer las enfermedades de la antigua naturaleza, que se aproveche de esta experiencia en el tratamiento de las enfermedades minerales, que las trate en todos sus lugares y localizaciones, ya que el médico nace de este trabajo experimental. Pese a todo lo expuesto y a todos nuestros escritos, nadie podrá comprender cuanto digo sin la ayuda de la experiencia. Quien quiera poseer la experiencia, que la coja de allí donde está, es decir, de las enfermedades minerales; puesto que aquél que quiera aprender la práctica y llegar a ser sabio a partir del papel escrito —que favorece la pereza y lo adormece todo favoreciendo el orgullo— aprende sólo a engañarse a sí mismo y a volar sin alas, todo lo cual repugna al médico. Es pues fundamental el ir adelante con la experiencia.

Tercer Tratado, acerca de las enfermedades causadas por los minerales de sal naturales y artificiales

Capítulo primero

Puesto que tenemos el proyecto de estudiar y observar todas las enfermedades de las montañas cau-

sadas por los minerales, tenemos que hablar también de los minerales de sal. Éstos no obran menos en el interior del cuerpo, pues sus espíritus son vapores que se disuelven con el calor. Aunque proporcionen un aire húmedo y aunque acompañen al aire normal hasta los tres lugares anteriormente ya mencionados, el cerebro, el pulmón y el estómago, no son, no obstante, nocivos en modo alguno, sino que más bien favorecen antes a la salud que a la enfermedad. De ellos, existen tres especies que comprenden todas las variedades particulares y que les dan su nombre, la sal, el vitriolo y el alumbre.

A fin de mostrar el hecho de que son más favorables que nocivos, sabed que, en el interior, la sal por sí misma, penetrando en las ventanas interiores de la nariz, provoca estornudos, o bien reabsorbe las flemas, las mucosidades y los postemas al penetrar hasta el cerebro, y que impide de que se acumulen, o bien tiene una acción desecante en el interior de la cabeza, o bien sanea los órganos de la cabeza, manteniéndolos firmes y equilibrados. Si alcanza los pulmones, reabsorbe los agentes de la tos, los esputos y las demás obstrucciones. Impide los abscesos del pulmón, actúa como un bálsamo, evita la putrefacción y el entartaramiento. El aire húmedo disuelve todo cuanto tiende a coagularse y endurecerse. Al penetrar en el estómago bajo la forma de aire, lo despoja de su humedad. Mientras que la sal por sí sola no tiene esas propiedades, mezclada con el aire, revela su esencia suprema. Por eso, la esencia más sutil es la que se convierte en

aire. Facilita, pues, la digestión en el estómago, evita los humores viscosos y las turbulencias, incita al apetito. Es muy beneficioso para los ojos, para los oídos y para la dentadura.

El vitriolo, sabedlo igualmente, al revelar su espíritu en el aire por ebullición o a través de la presencia de un humo seco, se transforma en un aire húmedo que es la esencia más sutil del vitriolo y que posee propiedades semejantes a la de la sal en el cerebro, en el pulmón y en el estómago. Además, contiene arcanos íntimos que curan enfermedades más bien penosas y graves, tales como la ictericia, los excesos de bilis, la falta de apetito y la obesidad. Al penetrar desde el estómago en el hígado, revulsiona y expulsa los cálculos y las demás dolencias familiares a los hombres que viven en esta atmósfera, purga, limpia de arriba abajo, comprendidos los pulmones, preserva de la pleuresía, de la epilepsia, de la gota y de los calambres.

El alumbre, aspirado en el aire, no posee caracteres balsámicos tan pronunciados. Tiene, no obstante, las propiedades de las sales, cuida las llagas que quieren abrirse, evita también que los embates ardientes de las úlceras se transmitan, sensitivamente, a los canales exteriores. Sabed, pues, que la naturaleza aérea de estas tres sales es, aparentemente, más loable que nociva.

Al elevarse en el aire, estas tres sales no son muy nocivas para los órganos externos, a no ser para los ojos y para los oídos, los cuales, luego de una acción prolongada, no soportan su calor demasiado intenso. Por eso, la utilización y la prescripción equilibradas, en tiempo y en cantidad, de sus productos aéreos, curan numerosas enfermedades exteriores. En efecto, toda clase de sarna es curada por estas tres sales según la ley y la concordancia de la enfermedad y del remedio. El aire de la alúmina cura el prurito, el del vitriolo la caída de los cabellos y el de la sal la sarna. Se las utiliza también para la curación de las úlceras abiertas, tanto en el interior como en el exterior del cuerpo, como si fuese una poción contra las úlceras, junto a un buen cerato exterior, tanto es verdad que la ley de la úlcera es dominada por su contrario. Tampoco hay mucho que decir sobre su toxicidad. La temperatura de estas sales está muy cercana a la de la sal propia a todas las complexiones, a todas las cualidades y a todos los humores. Sabed también que en todos los oficios, aquéllos que utilizan sales, que se sumergen, que se bañan en las mismas o que las usan exteriormente mediante otros métodos, consumen —y es un hecho muy notable— toda humedad superflua y todos los diferentes flujos corporales. Tales oficios, tintoreros o fabricantes de jabones, &, son los oficios más sanos, y aquéllos que los practican difícilmente caen enfermos sin causa digna de atención.

Habiendo ya descrito su acción benéfica, pasemos ahora a hablar del veneno que a estas sales se les puede constatar; todo mineral no purificado o refinado, y más aún mezclado, contiene veneno. El mineral de vitriolo produce la sarna, las comezones y la tiña, y atrae hacia fuera del cuerpo los flujos de las úlceras. La sal mezclada causa una sarna dolorosa, produce también temblores y dientes en mal estado, el alumbre actúa en tierra exactamente como el alumbre blanco. Pero no se produce acción nociva alguna en el interior del cuerpo. Las enfermedades exteriores que causan no son mucho más peligrosas y su malignidad interior no es más intensa que su acción exterior. Aunque ya hemos hablado de lo que ocurre cuando se las prepara y se las absorbe. Sabed también que hay muchísimas variedades de sal, de salitre y demás, de vitriolo y de alumbre. Hay que estudiarlas todas inteligentemente, considerad solamente su agudeza según su gradación diferente para cada tipo y obrad según estos principios, por adición o por sustracción.

Capítulo tercero

A fin de agotar nuestra exposición sobre las sales, es preciso hablar ahora también de los cribadores de minerales. Puesto que los pedazos que criban pertenecen a estas tres sales; solamente el salitre reemplaza a la sal común. Este salitre, de hecho, no es salitre, sino un salnitro, surgido por combustión de los nitros,

aunque es preciso, no obstante, incluirlo igualmente dentro de los tipos minerales. Por lo tanto, hay que exponer sus propiedades y medirlas y equilibrarlas como lo hemos hecho con las sales. Observad que, más o menos, sirven también para la preparación de aguas-fuertes, de *aqua graditionis,* de *aqua regis* u otras. He aquí su posible acción sobre el hombre: ante todo, se forma un compuesto que destruye hasta tal punto la naturaleza de los componentes individuales, que resulta de todo punto inútil el hablar de otra manera en detalle de éstos, como no sea dentro de su relación con aquélla. Debido a que las múltiples aguas que sirven para la tría están hechas de vitriolo y de salitre, de alumbre y de salitre, o de salitre y de alumbre calcinado, sabed que es preciso tener en cuenta la vivacidad del agua cuya fuerza es la de estas emanaciones. Éstas son las que modifican el aire. Su parte más sutil alcanza pues el aire que respiramos; he aquí su acción y su modo de penetración: un vino corregido y derramado dentro de agua-fuerte, deposita sus espíritus en forma de púrpura encarnada y separa su parte débil de su parte fuerte. Asimismo, cuando un vapor de agua-fuerte penetra los terrenos en el interior del hombre, sus espíritus depositados y debilitados pierden la fuerza que han adquirido por la destilación. Entonces, como su fuerza es rota por la humedad natural, nuestras palabras y nuestras consideraciones vuelven a estudiar la absorción de esos espíritus depositados. Porque éstos no se pudren, sino que se expulsan por sí mismos debido a sus

propiedades expelentes. Pero, como sea que están juntados diferentemente como cinabrio, *plumosum* o cardenillo, sabed pues que estos productos graduados no se depositan, sino que permanecen tan inútiles como el cinabrio en cuanto que es azufre, como el *plumosum* en cuanto que es sal fija y como el cardenillo en cuanto que es vinagre fijo. Esta persistencia de la fijeza engendra lesiones en el cuerpo. Penetran pues en el cerebro, en los pulmones y en el estómago, con una violencia tal que estos últimos pierden su función natural y sus digestiones y excreciones habituales. La experiencia ayuda a comprender las diferentes condiciones y propiedades de estos espíritus.

Capítulo cuarto

Como ya veremos, hay mucho que decir sobre las aguas reales. Pero, debido a que están unidas a otros elementos, tales como cascarones y blanco de huevo, &, son más débiles que las precedentes aguas-fuertes; sin embargo, se las distingue del agua graduada. Sabed también que la destilación utiliza numerosos elementos distintos de las sales; hay que evitarlos más que a las sales, sean éstos productos de la corrección de la miel o del tártaro. Son tan peculiares que resulta imposible el eliminarlos del lugar donde se han depositado. Las enfermedades que ocasionan tienen propiedades, signos y carácteres particulares que revela la experiencia.

Hablemos también de las otras destilaciones, estudiando las bases que revela su materia última. Veamos los poderes de esta última en todas las sales y en los productos de la destilación. Porque ocurre a menudo que una cosa buena, luego de esta destilación, llegue a ser un producto enteramente tóxico, como pasa con la miel y la sal. Los vapores de la sal transforman y queman la sangre de los salineros. Tal es, además, la acción secreta de la sal mezclada al mineral.

Y por añadidura, afectan a los vidrieros, a los orfebres, a los monederos que buscan y que preparan tales productos, y que ablandan, licúan, gradúan y cimentan, no solamente por regla general, sino también en casos más particulares. Asimismo, los alquimistas practican numerosas búsquedas y experiencias minerales, generales y particulares. Hay que estudiar su trabajo y modelar su acción sobre ese trabajo. Se dice también que esos vapores conducirían a que muchos alquimistas alcanzaran edades muy avanzadas. No es éste mi parecer. Esta probable longevidad la atribuyo mejor a su abstinencia, a su régimen alimenticio, a su conducta, a su trabajo y a la escasez de enfermedades que, habitualmente, envejecen al hombre. Su salud puede incrementarse por el aporte de vapores buenos de los cuales ya hemos hablado. Mas, aquéllos que no comen, no logran cosa mejor; pues es preciso llevar un buen orden en todo.

Capítulo quinto

Hablemos de los obreros que llevan a cabo la sublimación y que no pueden proseguir su trabajo sin daños. El apetito y la acción de los productos tóxicos los corroen completamente. Sabed, sin embargo, que las sublimaciones, pese a todo, poseen en ellas mismas gran número de virtudes: el aire sublimado del mercurio tiene la propiedad de un laxante útil para quien tiene necesidad del mismo. La sublimación del arsénico libera en la atmósfera un vapor ardiente que cura las fiebres cuartanas, algunas enfermedades de signo agudo, algunos accesos de gota, de artritis o de otros que también suprime la madera de guaco. El vapor de mercurio encierra también todas las propiedades del mercurio y esta sublimación evita los sufrimientos causados por las pústulas. Las precipitaciones, las reverberaciones, las calcinaciones, las combustiones y torrefacciones y toda la ingente cantidad de preparaciones que exhalan vapores en el aire, tienen las propiedades y la naturaleza de los cuerpos a partir de los cuales han surgido. El médico que vive con esta naturaleza dentro de una experimentación cotidiana, debe imitar el ejemplo del obrero que vive en armonía con aquellas propiedades.

Resumiendo, las sales, dentro de sus numerosas variedades, no tienen la misma toxicidad de los metales. Un médico que quiera conocer, indagar y descubrir en este campo y seguir los derroteros de esta escuela mineral, no puede declarar ni escribir

nada sin el testimonio activo de la vista. Y, para saber algo de cualquier cosa, hace falta que los escolares y los estudiantes vivan y sean educados en el contacto de ese mundo mineral, contacto necesario para poder descubrir las cosas. Mas, el conocimiento que será revelado a ciegos, no será —y nadie puede contradecirlo— más que una reproducción que no se corresponderá jamás con la realidad, y que tendrá siempre defectos, faltas, omisiones y demás aspectos desagradables. El hombre está hecho por el hombre. Ni reproducción ni lectura alguna que no se inicie a partir del fondo de las cosas y que no sea extraída del río donde abrevan los sedientos no tendrá perfección, ni fuerza de persuasión ni consistencia.

Cuarto Tratado: terapéutica

Capítulo primero

En los tres tratados precedentes, hemos hablado del origen y del punto de partida de las enfermedades minerales. Ni que decir tiene que, en este Cuarto Tratado, trataremos sobre la terapéutica, la cual ofrece dos aspectos: el que concierne a los minerales metálicos y el que concierne a las sales. Sabed que estas terapéuticas se distinguen ambas entre sí, y que

poseen sendos métodos de sistemas de cura peculiares. Ante todo, describamos la semejante terapéutica de los fijos metálicos, azufre, sal y mercurio, y la de los elementos de los que se dice no ser fijos. Lo que luego hace falta saber de la sal es casi idéntico a la misma terapéutica, aunque es preciso solamente añadir algunos puntos concerniente a los trabajadores y a los artistas que, a través de tales vapores, se contaminan. De todas maneras, ahí se trata de utilizar los métodos nuevos, y de vencer en sus arcanos a los vapores fijos y a los vapores sutiles.

Capítulo segundo

A fin de saber componer los medicamentos contra las enfermedades de origen metálico, sabed ante todo que, en el aire, del cual hablamos ahora, el único elemento que actúa como tal, es decir, como elemento, es el fuego. Éste consume las cosas en cuanto a elemento que es y no en cuanto a su calor, mientras que el sol deseca por la acción de su calor y no como fuego que es. Hay que distinguir calor y fuego. Uno de ellos es un elemento y el otro una cualidad.

No hablamos ahora de las cualidades, sino solamente del elemento. Así como un fuego trabaja sobre la madera, asimismo los vapores actúan en los miembros donde éstos se han fijado. Si esta acción no es tan rápida como la combustión de la madera, ello es debido a la presencia de una fuerza viviente, natural,

dotada de cierta humedad particular, la cual, hasta que no decrezca, priva al fuego de sus poderes.

Capítulo tercero

Por eso, contra este fuego, el medicamento debe tener el poder de un elemento; por lo mismo, solamente el agua apaga el fuego y no otra cosa. Porque es preciso dominar a los elementos reales con elementos activos. La cualidad difiere del elemento, el calor difiere del fuego. Ocupémonos ahora del fuego y no del calor. No hagamos actuar complexión sobre complexión, ya que el fuego no es dominado por lo que es una complexión: una complexión y un elemento dominan a lo que les es semejante. Un ejemplo: supongamos una enfermedad cuya característica sea el calor. Este calor debe tener como correspondiente un estado húmedo o un estado seco, propio tal como lo hemos mostrado en nuestro *de gradibus* y *complexionibus*. La enfermedad debe ser, pues, curada mediante la acción de un tal correspondiente, pero esto no tiene nada que ver a propósito de los elementos. Ahí, el correspondiente no existe, una sola naturaleza domina a su contrario, como el agua, que es líquida, domina al fuego, sin referirse para nada al frío ni al calor. Ya que el agua es líquida en sí misma, ella no es ni caliente ni fría. El frío que interviene es una contingencia temporal e inútil durante la acción de la liquidez. Asimismo el frío es extraño al agua cuando, por

ejemplo, procedes a hervirla en el fuego; ésta reencuentra su temperatura si se la aleja del fuego. Así como el frío extraño abandona al agua, ésta reencuentra el estado que había alcanzado después de la ebullición.

Capítulo cuarto

Sabed, pues, que la enfermedad es un elemento y no un complejo ni una cualidad. Puesto que, para nosotros, este elemento es el fuego, hay que poner atención e igualmente asegurarse de que el medicamento posea el elemento líquido y no la complexión o la cualidad húmeda. Distingamos bien entre líquido y húmedo. Lo que es líquido no puede transformarse, pero lo que es húmedo puede desecarse. Lo que es seco puede llegar a ser húmedo, y eso no tiene nada que ver con el elemento, que es indestructible. La humedad puede ser objeto de una coagulación, lo que no puede ser objeto de una coagulación es líquido. Para bien conocer estas distinciones, es necesario poseer la experiencia de las transmutaciones y de las preparaciones técnicas a las cuales me remito. Por eso, en el hombre, lo que es líquido no se coagula. Las cosas húmedas prescritas contra un fuego tal se coagulan. Viene a ser como alimentar el fuego y aportarle un combustible seco. Aunque lo que es líquido se destile en vapor, el elemento no puede ser destruido y se destila de nuevo, puesto que el hombre lleva en sí mismo un alambique.

Capítulo quinto

Sabed que el poder de un medicamento depende de su poder elemental. En el terreno de las cosas naturales, se ha olvidado esto a menudo. Lo que es líquido es la sola causa de la hidropesía. Se dice que la purga no hace otra cosa sino envenenar a la enfermedad, porque ésta actúa fuera del elemento. Asimismo, se puede decir que el omitir el elemento fuego es venir a caer en el marasmo. El omitir el elemento aire representa desencadenar cólicos y dolores de vientre en el enfermo. El omitir el elemento tierra significa el llevar a la enfermedad hasta los paroxismos de las fiebres cuartanas. Estas cuatro enfermedades dependen de los elementos y no de los humores. También es necesario que nuestros escritos conciernan a esta monarquía y, por eso, nos es preciso obrar según la misma. Es una prueba de que hace falta seguir con cuidado el camino exacto y preciso, y no apartarse del mismo a fin de evitar las mencionadas enfermedades. Resumiendo, las enfermedades minerales son un fuego material propio del dominio de la naturaleza específica interna. El remedio debe ser pues un líquido metálico, a fin de conservar, por el remedio y por su acción, la cantidad de húmedo radical. Si esta cantidad está asegurada, no se observa enfermedad alguna. He aquí cómo preparar este líquido elemental.

Capítulo sexto

Hace falta escoger los medicamentos incapaces de coagular. La alúmina contiene a la vez un estado líquido y una coagulación. Si los separamos, podemos distinguir cualidad y elemento. Por eso, la alúmina está muy próxima al agua, y el agua, en su materia, se parece a la alúmina después de fusión. Pero, el agua aislada de sus elementos coagulados y vuelta a llevar a su naturaleza purificada, pierde sus arcanos médicos, cosa que no ocurre con la alúmina. Porque el agua no es más que un remedio contra el fuego del microcosmos. Es preciso, pues, separar la acuosidad de la alúmina, rectificarla hasta llevarla a un estado próximo al del azúcar y beberla en pequeñas dosis. Acción que es preciso repetir a partir del momento en que se manifiestan los signos de una recaída de la enfermedad. Hay, desde luego, muchos otros arcanos. Me remito a la escuela de Vulcano, porque, alejados de ella, no podemos adquirir la experiencia de estas cosas.

Capítulo séptimo

Fuera de los arcanos, existen aun ciertos elementos simples, los cuales, por el mero hecho de que no se les puede coagular, se les puede comparar al agua: el agua de marrubio, el agua de siempreviva mayor, el agua de betonia y el agua de nenúfar. Los boticarios

ignoran el arte de aislarlos. Así pues, vamos a proceder a indicar su preparación, a fin de que sepan utilizarlas con provecho los obreros sometidos a la acción de tales vapores, los denominados alquimistas, los fundidores y todos aquéllos de los que ya hemos hablado. Para preparar esas hierbas o sus semejantes hay que triturarlas o machacarlas estando todavía verdes, mezclarlas con igual cantidad de crema de leche, hacerlas hervir al baño maría durante una hora en un recipiente, para luego ser absorbidas en ayunas. Esta acción protege y conserva, defiende y cura a los alquimistas, a los orfebres, monederos, fundidores y a todos aquéllos de quienes hemos hablado en este libro. Procurad que el líquido, en parte, sea crema de leche, o por lo menos que sea leche rica en grasa y procurad también que las hierbas sean exactamente las más arriba descritas o hierbas de una misma especie. Proceded a hervir el jugo como hemos indicado y utilizad luego la crema de leche. Fuera de estos medios es imposible dominar las enfermedades minerales.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Libro Tercero de las enfermedades de las montañas, exponiendo únicamente las enfermedades del mercurio

Primer Tratado

Capítulo primero

A FIN de abarcar en una sola obra las enfermedades de las montañas, he aquí el Libro Tercero, que trata acerca de todas las enfermedades surgidas y nacidas del mercurio, analizadas por la experiencia en sus propiedades particulares, puesto que las demás enfermedades han debido también tener sus propios libros. Ante todo, sabed que la enfermedad del mercurio no tiene nada que ver, parcial o totalmente, con las esencias del azufre, del mercurio y de la sal, y que no tiene nexo alguno con los demás metales y minerales. No es nuestra intención el querer decir aquí que aislamos el mercurio como si quisiéramos manifestar que la causa de la enfermedad fuese la separación de la parte buena de la parte mala. El mercurio une en sí mismo lo bueno y lo malo, que son inseparables. Es preciso, pues, atribuir tanto a la parte buena como a la parte mala el mal y el bien que nos sobrevienen. En una teriaca, el remedio está mezcla-

dó con el veneno: también el mercurio es una teriaca nata. No hay nada que añadirle ni nada que suprimirle, sino tan sólo el medio de transformarlo en teriaca. Sabed que el envenenamiento producido por el mercurio, el cual se manifiesta en los metales pesados de mercurio, es una impresión fuerte y pesada. Porque los males nacidos a través de una impresión fuerte y aguda tienen un poder tóxico superior al normal. Toda cosa que alcanza su perfección está bien equilibrada sin ser tóxica. Algo que no puede alcanzar este estado y que acaba su evolución en un grado mediano, y que, de consiguiente, no puede engendrar la perfección, es de una naturaleza diferente. Debe ser más vigilada en su acción positiva o negativa que aquélla que conduce la evolución a su término. El mercurio es, pues, un brote o renuevo semiacabado. No está ajustado para ser perfecto y revela, pues, una fuerza particular que debe nacer y que debe desarrollarse por su naturaleza particular inacabada.

Capítulo segundo

Los males que nacen del mercurio son legión. La causa es siempre ésta: el mercurio no está ajustado para la perfección. Expliquémonos; el estado perfecto del mercurio es la coagulación y él viene a ser un brote o renuevo semiacabado, puesto que dicha coagulación no se ha realizado. Esto es válido para todos los metales que son de una naturaleza semejan-

te a la del mercurio. Ciertamente, todo metal coagulado es de naturaleza mercurial, pero pierde los caracteres particulares del mercurio por el mero hecho de su coagulación. Mientras están en la mitad de su crecimiento y hasta este estadio, todos los metales son un solo y mismo mercurio. Mas, si alcanzan la perfección, los metales se separan y cada uno de ellos ocupa el lugar que le corresponde. Así, en el fuego volcánico, un metal cualquiera puede ser extraído de la plata viva, inventado y descubierto ya desde su mismo nacimiento; esto nos lleva a la buena comprensión de la naturaleza del mercurio, y a la diferencia existente entre lo que está coagulado y lo que no lo está. Ahora bien, todas las cosas no coaguladas cuyo estadio final y cuya materia última deben ser una coagulación poseen, en sí mismas, todas las clases y todas las variedades de veneno y remedio. No hay metal que no tenga como término la coagulación y que no pueda ser llevado a la misma, a no ser el mercurio. Los líquidos están en gran cantidad, mas su último estadio es el líquido, no la coagulación. Hay que fijarse mucho en esta distinción: el mercurio del cual intentamos definir su naturaleza no ha nacido perfecto; conserva en sí mismo y en el estado viviente y esencial las propiedades que permanecen muertas en todos los restantes metales. El oro no es más que mercurio. Pero, al estar coagulado, ya no tiene las propiedades del mercurio, o mejor dicho, éstas están presentes, aunque en un estado mortal. Ocurre lo mismo con la plata, con el cobre y con el hierro, los cuales poseen todas las pro-

piedades del mercurio. Uno puede ahogarse dentro del agua, pero esto es imposible cuando el agua está helada. La congelación, pues, suprime los peligros del agua. La coagulación priva al mercurio de su toxicidad.

Capítulo tercero

Siendo así que este metal no alcanza su perfección ¿qué otra cosa hace el médico sino es buscar sus remedios en el líquido mismo, y sin tener en cuenta el mal que de ello pueda derivarse, observar el gran arte que estos líquidos ocultan y revelar el poder que tienen de expulsar toda clase de males? Dejo y reservo para los especialistas el cuidado de descubrir la esencia del mercurio, puesto que, en el arte de los metales, la naturaleza ha conservado un material que es la fuente de los seis metales perfectos, en sus arcanos y en sus esencias escondidas. Porque aquí quiero solamente explicar los males que sacan su origen del mercurio y la curación de esos males. A fin de que el líquido y su coagulación sean perfectamente comprendidos, sabed que lo que deba sufrir o experimentar la vía de la coagulación y esté en la vía de esta última, permanece, sin embargo, en estado líquido. Un vapor y una humedad se desprenden del agua. Aunque lo que se vea no sea agua sino vapor, se trata, sin embargo, de agua invisible. Un agua que está hirviendo no permanece en el recipiente, y el vapor que

se desprende de la misma no está considerado como agua, sino únicamente como vapor. Éste se deposita en un destilador y vuelve a dar agua; resulta entonces que el vapor no es más que agua. También, asimismo, el mercurio desprende, al igual que el agua, un vapor a través de la fuerza del firmamento superior, el cual lo deseca. Este vapor de mercurio penetra, pues, en el aire, luego después en el hombre. En el hombre, el mercurio se parece a un vapor de agua aspirado en el aire por el hombre. Así como el agua vuelve a ser agua, el mercurio vuelve a ser mercurio: su destilación no proviene solamente del firmamento exterior, sino que lleva en sí mismo un fuego, al igual que todo líquido es consumido en sí mismo por la fuerza devoradora de su propio fuego. El mercurio se destila pues, por sí mismo, en las montañas, en las barrancas, quebradas y torrenteras y, escuetamente, en los filones que lo contienen. En las montañas donde se esconde y se oculta, los vapores emanados de su destilación no pueden atravesar al tierra sin perder su vigor. En cambio, aquéllos que viven bajo tierra tienen que soportar este vapor, como si estuviesen sumergidos en un baño. Por decirlo así, están en un baño de mercurio. Porque los vapores empapan al hombre como si estuviese sumergido dentro del agua.

Capítulo cuarto

Por eso, no solamente el mercurio, sino que también las piedras poseen tales tóxicos que son para

el hombre un veneno igualmente violento. Si estas piedras no estuviesen coaguladas ¿qué es lo que permanecería sano y salvo sobre la superficie de la tierra? ¿Quién podría evitar las enfermedades? Puesto que si el mercurio permaneciese imperfecto como el mercurio metálico, su destilación envenenaría a la tierra, hasta tal punto que ninguno de sus productos podría ser considerado como sano. Pero la congelación lapidaria suprime todos estos efectos. Así podemos observar también como el carbúnculo, con el calor, desprende uno de los más fuertes y nauseabundos hedores. Nadie puede permanecer impasible en su presencia. Aunque hay que ver también como su efecto negativo desaparece completamente cuando el frío lo congela y lo coagula. Así pues, la congelación de las piedras suprime sus efectos perjudiciales. Y si el mercurio metálico fuese tan común sobre la superficie de la tierra como el mercurio lapidario, la tierra no podría proporcionar ningún fruto a causa de la destilación del mercurio, y, sobre la tierra, los hombres estarían tan envenenados como lo están bajo tierra. Puesto que las regiones que lindan o confinan con los yacimientos de mercurio y que experimentan sus vapores, aquejan muchas más enfermedades que las demás regiones. Por eso es más malsano el vivir cerca de los lugares que ocultan el mercurio que en aquéllos que no lo contienen. Por otra parte, tenéis que comprender que los metales no son tóxicos, siempre que el fuego no actúe y no revele su mercurio fijo. Ciertamente, el efecto nocivo de su frigidez es compa-

rable, en cualidad, al efecto del hielo. Lo mismo ocurre con las piedras. Así también, dado que su materia líquida no ha alcanzado el estadio más avanzado de la coagulación, el vapor desprendido es más peligroso. Las hierbas, que no tienen más que un muy débil poder de coagulación, sobrepasan a todos los demás productos naturales por su fragancia, por su olor. Tampoco su *prima materia* es tan peligrosa para el hombre como la materia metálica.

Segundo Tratado

Capítulo primero

Si se quiere adquirir un conocimiento lo suficientemente fundamentado y conveniente de las cosas, es necesario poseer el conocimiento de la física astronómica, ya que el médico es el esclavo de todas las artes y de toda la sabiduría natural. Estas artes forman un conjunto y cuando se quiere hacer la síntesis de las mismas, el médico puede convertirse en un practicante y en un terapeuta. Recordad que, en el primer tratado, hemos hablado de la evolución inacabada de ciertos productos naturales; por ejemplo, el mercurio vivo no es en modo alguno compacto, sino que permanece en un estado líquido. Sepamos esto; toda cosa natural que está abierta, como la plata-viva, es como una casa que no está en modo alguno cerrada y

en la que todo el mundo puede entrar. Asimismo, el mercurio vivo está abierto, todos los médicos pueden extraer del mismo todo cuanto quieren. Pero, en el oro, en la plata y en el plomo, la coagulación obstruye esta puerta de entrada. Y, si se quiere descubrir y practicar el arte que abre las cosas, que las disuelve y que las reconduce a su *prima materia,* hay que considerar que son numerosos los obstáculos y escollos que hay que evitar. Repito, la plata-viva está abierta. Basta con guiarla dentro de la preparación ígnea. He ahí en lo que se funda el equilibrio de las cosas. Veamos ahora el papel, a la vez astral y terrestre, del mercurio. La tierra posee su propio cielo cuyos minerales son los astros. Busquemos y describamos también el astro del mercurio.

Capítulo segundo

Ya sabéis que el año está dividido en trescientos sesenta y cuatro días y algunos minutos. El año está dividido en dos, verano e invierno, y los años van siguiendo hasta el fin del mundo. El verano sigue al invierno, es un ciclo eterno. El mundo creado tiene así un orden que le es propio, y es este mundo el que tiene el hombre delante de sus ojos. Ahora bien, bajo tierra, existe otro mundo que posee todas las constelaciones, su sitio particular, un mundo aparte que tiene su propio equilibrio. Sabed que en este mundo, y ya desde el primer día de la Creación hasta su actual

esplendor, no hay más que un solo año. De consiguiente, las cosas que crecen en esta tierra y que pertenecen a un régimen distinto de las cosas que prosperan en la superficie de la tierra, crecen según la manera en la cual se desarrolla este único año: bajo tierra son sembradas la simiente de los metales y la simiente de los minerales. Éstos tienen su otoño y el tiempo de su cosecha, despuntan uno detrás de otro, según el orden que les ha distribuido el mandamiento divino, unos prematuramente y otros tardíamente. Sabemos que, primeramente, vienen las violetas, luego el tomillo, luego las rosas, las cerezas, las peras, las nueces, las uvas, &. Así va girando el año y así se acaba. Asimismo, bajo tierra, los productos crecen uno detrás de otro; tan pronto brotan el oro y la plata, como tan pronto lo hacen el fuego y el plomo; una cosa ya ha pasado, otra está presente y la tercera ya vendrá. Para una de ellas, es la primavera; para la otra, el mes de mayo; para la tercera, el mes de los prados, de los henos. Porque aquéllas que ya estaban al principio del mundo tienen, al mismo tiempo que la violeta, el oro y la plata de la primavera; las demás se transforman en oro y en plata cuando florecen el trébol y el ranúnculo, y así, de esta forma, se ordena en todo el curso del año. Mas, lo que se marchita, ya no crece más. Su vida está terminada. La tierra no conoce año nuevo. Sobre la tierra hay bastante trigo, bastantes frutos y bastante hierba para el hombre, y también bastantes metales bajo tierra para su subsistencia. Los ciclos de los metales, empero, son diferentes: uno

viene a ser la violeta, el otro la cereza, el otro la pera, uno el trigo y el otro la uva, &, es decir, crecen en meses distintos del mismo año que dura y durará miles y miles de años.

Capítulo tercero

Si, en el seno de la tierra, solamente existe un año del cual hemos indicado ya las divisiones, sabed, además, que este año debe tener también su invierno y su verano. Sobre tierra, el verano es un calor perceptible, y el invierno es perceptible también. Sin embargo, ni el invierno ni el verano están directamente discernidos ni interpretados, sino que más bien son un caos. Aquí, en el seno de la tierra, el verano y el invierno no son ni calientes ni fríos, pero son discernibles y esenciales. Son calientes y fríos a la manera del sol y de la luna, pero de una forma velada.

He aquí cómo son el verano y el invierno exteriores: el verano depende de un conjunto de estrellas cuya principal es el sol. Éste no actúa solo, sino concertadamente con los demás astros. El invierno es, asimismo, la acción conjugada de un grupo de estrellas que culminan después de los astros del verano. Tanto el verano como el invierno dependen, pues, de un grupo de estrellas cuya acción alterna necesariamente. Ahora bien, el verano terrestre es un grupo de partículas minerales que tienen propiedades estivales, al igual que otro mineral tendrá propiedades in-

vernales. Así pues, tanto el verano como el invierno no dependen ni del tiempo, ni del día, ni del mes, ni de la hora, sino tan solo del mineral. Una montaña puede estar cubierta de nieve mientras que su valle es todo un jardín repleto de flores resplandecientes. Asimismo, bajo tierra, el verano y el invierno se flanquean uno al otro en sus manifestaciones. Si se les explica y se comprende su nacimiento, se observa que el verano y el invierno subterráneos, que se manifiestan en su naturaleza propia, son parecidos al verano y al invierno exteriores, y entonces nace la armonía comparativa de la naturaleza, en sus cualidades y propiedades, y luego se engendra y surge la filosofía de la astronomía física.

Capítulo cuarto

Bajo tierra, si el verano y el invierno están separados en este único año terrestre, éstos permanecen escondidos y contenidos dentro de sus cuerpos. No hay nada escondido en el mundo exterior, ya que las cosas han sido creadas para expresar su esencia. Bajo tierra, las cosas se encierran en sí mismas y no irradian ni frío, ni calor. Las fuerzas irradiantes del frío y del calor permanecen escondidas. Pero, en cambio, otras propiedades resplandecen y se manifiestan. Así como la luna posee manifestaciones misteriosas que vuelven enfermo al hombre, sin que ella revele el frío propio de sí misma y de sus estrellas, así también, durante el invierno terrestre, el mercurio vivo, es decir,

la plata-viva tiene todas las propiedades de la luna y viene a ser el mismo invierno absoluto. En él están contenidos todos los astros invernales, todas las cualidades invernales y todo cuanto depende del mismo invierno. Expliquemos, pues, y expongamos esta naturaleza particular de la plata-viva a fin de reconocer su forma y su poder. Nuestra exposición ha sido necesaria, puesto que se han utilizado denominaciones inusitadas y no naturales, y esto se le ha achacado al mercurio al identificarlo como el oro solar. Se han utilizado así términos filosóficos sin valor ni fundamento alguno. Por eso sería mejor el dar al mercurio un nombre que pudiera corresponderse con sus propiedades, tales como luna, invierno, nieve, frío, hielo, &. Sin embargo, como el mercurio no está coagulado sino que es un metal abierto, su nombre debe ser, por una parte, neutro, por otra parte, una designación para la luna y para el invierno, cosa que muchos astros igualmente son. Así, el plomo y la plata no son mercurianos, sino saturnianos. Los astros y la naturaleza de las cosas respetan un orden, la experiencia define sus propiedades, su esencia y sus cualidades. De lo contrario, no puede existir ni acción ni razonamiento.

Capítulo quinto

En lo sucesivo ya sabréis lo que es el mercurio, planeta y luna terrestres, tal como nos lo prueba la astro-

nomía terrestre. Ahora bien, el hombre está sometido a la acción de este planeta. Ya conocéis el poder lunar: sabéis que el invierno y los astros del invierno, al estar en su punto culminante, someten el hombre a su influencia. Los planetas inferiores y terrestres imprimen y manifiestan también su influencia en sus regiones propias. Pero el hombre no lo nota, porque aquéllos son compactos, están coagulados, congelados, indurados. Por eso, la impresión que contienen no puede desprenderse y el hombre permanece al abrigo de la misma. El mercurio lunar es abierto, no es ni compacto ni está indurado. Como sea que la plata-viva está destinada a influenciar al hombre, en tanto que es astro y que está también sobre la tierra, hay que comprenderla a partir de la luna exterior. La naturaleza y las propiedades de ésta son idénticas a la naturaleza y a las propiedades de la plata-viva, luna de esta tierra. Existe, sin embargo, una diferencia: la influencia de la luna se ejerce de una manera justa, equilibrada, medida con precisión, sin desfallecimiento ni exceso, y sigue regularmente su curso. La luna terrestre, que tiene propiedades semejantes, puede ser exuberante, deficiente o superflua. Su influencia depende de su presencia. Hablemos ahora de los hombres lesionados por la luna terrestre, bajo la influencia de la cual permanecen y actúan, viven y trabajan. Puesto que no se pueden comparar las enfermedades de ambas lunas, remitamos pues los datos de mi experiencia pasada y presente en las enfermedades lunares; por eso, si el hombre pudiese trabajar en la luna, si

pudiese tocarla y cogerla como la luna terrestre, se encontraría, en ella, enfermedades idénticas a las enfermedades del mercurio.

Tercer Tratado

Capítulo primero

Para terminar mi exposición, sabed que el hombre y la plata-viva están opuestos entre sí. El hombre no puede ejercer ninguna acción destructora ni corruptora sobre la plata-viva ni sobre la luna. Éstas permanecen siempre intactas y jamás abandonarán su esencia propia. Porque, efectivamente, el hombre ha nacido del barro y este barro ha contenido todos los elementos y todas las esencias. El hombre ha salido de este último y éste es su padre, un padre al que el hijo debe temer y que impone al hijo sus mandatos. Moriremos pues, si el astro y los elementos nos envenenan, y si sufrimos los asaltos de su naturaleza y los de su esencia. Un niño no puede decir que su sangre no provenga ni de su madre ni de su padre, y, por lo mismo, tampoco podemos pretender vivir sin los elementos. Un niño ha salido de su padre y de su madre, origen del cual no puede desprenderse hasta la muerte. Este origen es idéntico a él mismo. Asimismo, el barro paternal reina constantemente en nosotros, como un niño que se encuentra en el vientre de su

madre. Puesto que, por más hombres que seamos y pese a nuestra edad, estamos todos nosotros todavía en el seno de nuestra madre, y la matriz nos ha envuelto a todos. Y lo que está dentro de la matriz debe vivir la misma vida que la misma matriz. Todos los elementos y todas las generaciones nos envuelven, por supuesto. Nos movemos en el interior de los mismos como un polluelo dentro de su cascarón. Somos tan frágiles y tan débiles debido a que, a través de nosotros, pasan y actúan esencialmente todos los lazos que unen a los planetas con el barro: el barro es la simiente, el cielo y la tierra la matriz, y ambos son idénticos. El hombre es el menor de todos y, sin embargo, es todo lo que es.

Capítulo segundo

Sabed igualmente que dos elementos opuestos no pueden encontrarse cara a cara sin perjuicio mutuo, el invierno debe ceder al verano y recíprocamente. Según el ordenamiento natural, ninguna cosa derriba a su contrario. Porque dos opuestos no pueden juntarse en el curso natural, y solamente se ensamblan los que se parecen entre sí. El colorido verde, amarillo o encarnado de una planta no puede afectar ni perjudicar a su baja o alta temperatura. El elemento indiferente en las cosas jamás contiene un elemento que le sea opuesto. Es completamente falso que el trueno, el rayo, el diluvio provengan de la oposición

de dos cuerpos. El rechazamiento del trueno, del rayo y del relámpago provienen más bien de su fuerza elemental y de su naturaleza propia, que no de dos opuestos.

La presencia de dos pólvoras en un arma, azufre y salitre, que son un mismo elemento, no significa una oposición. Esta propiedad natural no reside en el elemento, sino en el estado líquido. El licor de azufre y el licor de salitre no pueden encontrarse codo a codo. El responsable es el licor, no el elemento. Lo mismo ocurre con el nacimiento del trueno. Un hombre y una mujer tienen un mismo calor, una misma naturaleza, las mismas cualidades, las mismas propiedades de la sangre, de los huesos y de la carne. Su repulsión y su rechazo de unión recíproca no provienen de la naturaleza ni del elemento, sino de una especie de naturaleza líquida, por así decirlo, que difiere en el aspecto y en la manera en la cual se aplica. Es esto mismo lo que hace falta estudiar. Es la causa de la oposición de los planetas irritados. Reservo todo esto para los libros especiales.

Capítulo tercero

Dos cosas opuestas no pueden no ser puestas en desorden en su elemento propio. He aquí cómo: todo hombre es caliente por naturaleza y ningún hombre ni ninguna mujer difieren por su temperatura. Es falto y sin fundamento el decir de un hombre que está frío y

de otro decir que no lo está. La mujer es tan caliente como el hombre y no hay diferencia entre ellos. Ahora bien, si el hombre es caliente por naturaleza, en cambio la luna terrestre es fría. Ahí se trata de una oposición. Pero ¿qué le importa al hombre el frío mercurial? Nada les fuerza a unirse. Tampoco se pueden destruir mutuamente. El daño, el rechazo, viene por el hecho de que una tintura entra en juego. Ésta es, y no el elemento, la que actúa en el hombre. Si el hombre echa veneno en el agua, no ocurre nada: el agua no tiene nada contra el veneno, el hombre tampoco. Su calor solo puede oponerse a otra cosa. Ahora bien, sabed que la plata-viva contiene veneno. Ésta lo devuelve al hombre en forma de tintura y esta tintura que la plata-viva y los demás planetas poseen en forma invisible y que el tintorero logra hacer visible, es la causa de la enfermedad. No es pues un elemento que hace irrupción en otro elemento, éstos permanecen cada uno a su lado, el hombre es caliente y la tintura es fría. En el hombre se encuentra una tintura exterior fría que determina la enfermedad. La salud y la enfermedad no provienen una de otra. Pueden ser vecinas una de otra, cada una de ellas conserva su plenitud y su totalidad. Una vez la enfermedad se ha ido, permanece sólo la salud. Si ésta no hubiese estado presente durante la enfermedad, el enfermo no podría haber reencontrado la salud. Salud y enfermedad van siempre emparejadas. Aquélla que reina es la que actúa.

Capítulo cuarto

La plata-viva, que es invierno, actúa pues también como el invierno. El invierno no expulsa el calor del cuerpo, sino que lo priva de su acción, cosa que éste no puede tolerar. Cuando alguien muere de frío, como vulgarmente se dice, de ninguna manera significa que el calor lo ha abandonado. Ya que éste permanece siempre en el interior y centro de su cuerpo. Pero, mientras el calor cede la plaza al frío, éste ha reducido a este calor convirtiéndolo en un coágulo o cuajarón compacto que inflama al corazón demasiado ardientemente y que causa la muerte por sofocación. Porque, en el cuerpo del hombre, el frío y el calor no se mezclan como lo hacen el agua y el vino. Se separan como lo hacen el aceite y el agua. Asimismo, en la luna terrestre, no se nota el frío, aunque se vislumbran todos sus signos: el mercurio hace o produce los temblores del frío y el castañeteo de dientes, porque el mercurio es el invierno de la tierra. Cada temblor de frío proviene de una impresión prolongada de los astros invernales. Ciertamente que el calor prolongado produce también unos temblores, pero ahí se trata de fenómenos que no son propios de las montañas ni de la tierra. Tampoco he expuesto sus causas, sino que quiero solamente describir ahora las enfermedades terrestres, nacidas de su astro propio. Nuestra descripción del mercurio basta: es la luna y el invierno de la tierra; tiene pues doble influencia en el hombre, una en tanto que es luna a la cual se

somete el hombre, y otra en tanto que es invierno, con la misma naturaleza y los mismos astros. Sería útil el exponer todos estos hechos. Sin embargo, no es necesario ahora, ya que nuestras palabras bastan para indicar el origen de las enfermedades de las cuales voy a indicar la terapéutica.

Cuarto Tratado

Capítulo primero

Puesto que conviene exponer ahora la terapéutica, sabed que el invierno mercurial causa un mismo tipo de enfermedad que consiste en temblores como los más arriba descritos, sin signos exteriores de frío. He aquí cómo se produce: todo hielo conlleva la muerte, hace afluir todo el calor hacia el corazón, lo consume y, cuando el calor cede su lugar, lo hiela. De hecho, este calor no puede abandonar su centro y no puede huir a menos de que cause la muerte. Asimismo, los temblores originados por el mercurio queman interiormente los pulmones, el hígado, el estómago, el cerebro. Se produce un retroceso del calor que se concentra, conlleva un exceso de temperatura y fomenta un fuego destructor por naturaleza. He aquí el origen de la enfermedad de los pulmones, del hígado, del estómago, del cerebro, de los riñones, de

los intestinos y de las enfermedades tan numerosas que apenas se las puede describir a todas. Así se destruyen los huesos, el muelle de los mismos, las venas, las arterias, la sangre, la carne, los cartílagos, &. Así nacen las demás enfermedades de ese tipo que conciernen a los pulmones, tales como los sofocamientos, las toses, los esputos, los abscesos, la putrefacción, la tuberculosis, &. También nacen la locura, el delirio, las migrañas, los derrames, los dolores de muelas, la parálisis, la apoplejía, la letargia, &. Es inútil describirlas a todas, ya que todos los médicos están lo suficientemente informados sobre las enfermedades que pueden nacer y desarrollarse a partir de estos enfriamientos.

Capítulo segundo

Ya hemos hablado suficientemente de las enfermedades emanadas del frío mercurial, enfermedades que atacan a quienes se someten a la impresión exterior de este frío que actúa tan traidoramente. Hablemos ahora de las enfermedades que provoca en relación con su influencia lunar. La luna se presenta tan pronto nueva como tan pronto llena, y muestra sus cuartos, crece y decrece. De hecho, va creciendo desde el día del nacimiento de Adán hasta la mitad de la historia del mundo y de los hombres; luego, después de haber alcanzado la plena luna y la mitad del mundo, decrece durante la otra mitad. Y aquél que no

conoce esta luna, no puede decir nada sobre la edad del mundo ni nada sobre el juicio final. He aquí cómo esta luna actúa: ya conocéis la conducta de la nueva luna en cuanto a los hombres y según las prescripciones u órdenes expresas del cielo superior, sabéis también cómo crece y decrece desde el primer cuarto a la plena luna, de la plena luna al último cuarto, y de ahí hasta su desaparición. La experiencia de la astronomía nos lo ha enseñado y, aunque no estuvierais en posesión de las efemérides sino solamente de las enfermedades lunáticas, a través de los signos de esas enfermedades, conoceréis las fases de la luna, puesto que los lunáticos vienen a ser como unas efemérides bastante precisas de la luna. Son tan útiles como el calendario. Observad que, entre los mineros, las enfermedades del mercurio manifiestan una fase creciente y otra fase decreciente. Reconoced ahí al mercurio creciente y decreciente. Si a Dios le fuera dable el que yo terminase mis *Archidoxias,* aprenderíais a conocer el fundamento de la naturaleza. Abrid los ojos, si deseáis comportaros bien.

Capítulo tercero

Puesto que la luna mercurial causa las enfermedades a través de una impresión lunar, sabed también las formas que reviste esta enfermedad. Se dice que el cerebro es el miembro lunar del hombre. Éste sería la luna del microcosmos y lo gobernaría. De hecho, esta

base es inexacta, porque la luna ejerce su influencia en todos los miembros, y no solamente en un solo miembro. El cerebro ahí se comporta como otro miembro. Es la enfermedad lunar la que, para el hombre común, hace atribuir al cerebro un papel más importante. Porque cuando el cerebro sufre, se le nota y se le siente en razón a que evoluciona según la luna. Debido a que esos efectos son perceptibles y comprensibles para el hombre común, inmediatamente se les atribuye un lugar importante. Pero, tales signos, sabedlo bien, no se manifiestan solamente en el cerebro, sino también en todos los miembros. Las enfermedades de la luna, tales como el delirio, la locura, la mordedura de gato, manías, baile de San Vito, &, son enfermedades crónicas y agudas. Todas las enfermedades que se juntan con otras enfermedades mortales atacan al cerebro y a la cabeza: la parálisis, la gota, la artritis, la lepra y sus variedades; por el hígado: la fiebre fría, la ictericia y otras; por los riñones: la diabetes y sus variedades concernientes a los demás miembros. Exponemos todo esto para que veáis qué clase de enfermedades causa la luna, y el mercurio, según el grado de exaltación, sean éstas la hidropesía, la tuberculosis, la consunción y las fiebres cuartanas. La anatomía exterior revela estas enfermedades. Es inútil el hacer su descripción, ya de por sí suficiente. A fin de comprender la terapéutica y a fin de determinar la enfermedad, hay que considerar en lo sucesivo a la luna terrestre y no a la luna celeste.

Capítulo cuarto

Hemos hablado de las enfermedades exteriores que puede causar el mercurio por la influencia de sus vapores y por sus radiaciones escondidas. Sabed también que tiene los mismos efectos cuando se lo absorbe como medicamento. Por eso, los médicos mercúricos que tienen la costumbre de administrar remedios mercúricos mediante pomadas, fumigaciones, precipitados y aguas corrosivas, a fin de no causar abscesos, deberían mejor indagar, interpretar y exponer las propiedades fundamentales del mercurio. Existe una luna eterna que no muere hasta el día del juicio final, que penetra en el hombre o bien permanece fuera del mismo. Existe igualmente un invierno fijo, constante y eterno del que ningún sol puede fundir la nieve ni alejar el hielo. Valdría la pena considerar todo esto con más comprensión. Queda muy claro y patente que el hombre no puede digerir ni absorber el mercurio. Porque todos los metales, excepto el mercurio, pueden ser digeridos. Esto es tan imposible para el hombre como para el avestruz. Sea como sea, el mercurio permanece vivo, no muere, y si lo introduces en el interior del cuerpo, conserva sus propiedades lunares. Por otra parte, la luna exterior se une a su semejante, ejerce una doble acción con una violencia doble y causa una enfermedad doble. Lo que la luna puede hacer y dirigir en todas las enfermedades, el mercurio puede hacerlo también: he ahí la causa de las enfermedades largas y penosas, nacidas de

esta doble acción. Todas ellas son incurables en el mismo hombre, mientras la luna del mercurio no esté dominada, mientras no esté sujetada y mientras su acción no sea reducida. Ya que la verdadera finalidad de la física es el conocimiento y el preciso manejo de las cosas, que pueden ser reconocidas, por ejemplo, en la enfermedad de las montañas y en todo cuanto crece y se desarrolla en las montañas donde existen tales enfermedades.

Capítulo sexto

Hemos ya hablado suficientemente de los medios profilácticos y conservadores. Lo que conserva, preserva, y así recíprocamente. El último capítulo del sexto tratado del tercer libro tiene como centro el principio terapéutico siguiente: se trata de hacer salir del cuerpo la plata-viva incluso antes de la entrada del remedio. Para esto, es preciso que el mercurio sea viviente, y, mientras no lo sea ni se troque en viviente, no puede ser alejado del cuerpo. Para hacerlo salir del cuerpo, lo que más interesa es volverlo viviente. Sigue el proceso: suponiendo que tengas un enfermo llevando en él cierta cantidad de mercurio viviente, los signos siguientes manifiestan un mercurio viviente, y conjuntamente un sitio determinado donde el mercurio se esconde en una sólida postema: dientes muy negros, parálisis de los miembros, síntomas variados desplazándose de un lugar a otro en los miembros y

sobre todo en las articulaciones. El mercurio no viviente causa, según la luna, una atrofia de los huesos, una orina teñida y cierto mal aliento. He aquí cómo reconocer y comprender ambos mercurios.

Capítulo séptimo

Veamos ahora el medio de eliminar el mercurio, volviéndolo viviente y eliminable. Cada mercurio se deposita en las cavidades corporales. Penetrando por la columna vertebral y la región de las ancas, actúa en las rodillas y penetra, a través de los ligamentos, en las concavidades de las articulaciones. Asimismo, una plata-viva colocada en una excavación corre hasta encontrar un lugar donde se canaliza; éstos son las rodillas, las concavidades de las articulaciones, las ancas y la columna vertebral. El mercurio se recoge en parte de los ligamentos, hasta alcanzar los talones, tan abajo como lo arrastre su caída. Queda fijado también en los brazos, en los omóplatos, en los codos, en los distintos canales que se dirigen hacia la nuca, en las cavidades oculares, descendiendo a través de las ventanas interiores de la nariz y muy a menudo a través de la garganta hacia el estómago, intestinos delgado y grueso y, a veces, hasta en las heces. La experimentación ayuda considerablemente a determinar estos fenómenos.

Capítulo octavo

Cuando encuentres una catarata o caída del mecurio en la que observes cómo éste se deposita y se reúne, y aunque parezca no haberlo hecho antes, aplica, en forma de capa espesa y suficientemente activa, este corrosivo en toda la superficie, sin preocuparte del sitio y sin inquietarte en absoluto:

— 2 onzas de rejalgar blanco;
— 1 onza de álcali de calcáreo y de aceite de batiduras, con tanto aceite de rosas como sea necesario.

Este corrosivo conlleva un fuerte aumento de calor que hace correr al mercurio y que lo hace huir en catarata. Cuanto más prolongues la acción, durante catorce días o tres semanas, mejor será el resultado: la escara se disuelve por sí misma, el mercurio corre. Utiliza luego un emplasto de goma, en dos capas, hasta la cicatrización. Protege la carne con azafrán de Marte y desconfía de los demás corrosivos de acción rápida, tales como el sublimado de mercurio, por ejemplo.

Capítulo noveno

He aquí un medio para convertir en viviente al mercurio muerto y para facilitar su derrame: prepara un baño caliente con hierbas mucilaginosas, con brotes tiernos de pino y de enebro, y con piñas frescas.

Prepara este baño lo más fuerte y lo más caliente posible, tal como lo hacen con el azufre en las estaciones termales de Pfeffers, de Baden, de Plombières, de Gastein, de Döplitz, de Aix, de Ems o de Göppingen. A la salida del baño, frota al enfermo con jugo de ranúnculo ígneo, con aceite de pimientos, favorece la sudoración tanto como sea posible con teriacas y mitridatos, sin preocuparte de los dolores y sufrimientos que ocasionas; éstos hacen que el mercurio se convierta en viviente. Prosigamos esta acción después de las primeras manifestaciones. Aunque a menudo los dolores persisten, con tesón, continúa atacando el centro; porque suele ocurrir que el mercurio administrado en el remedio esté hasta tal punto muerto que el remedio no tenga acción alguna, por el hecho de que su mercurio vuelve lentamente a la vida, cosa que los médicos que cuidan las pústulas la consideran como gran arte, y que para mí es un gran disparate.

Capítulo décimo

Continuad tratando con el remedio apropiado para estas enfermedades; actuad de la siguiente manera en los miembros, en las manos, en los pies o en el cuerpo entero atacados por temblores: prepara un baño de agrimonio, de lis y de raíz de celidonia con algunas cáscaras de huevo. Después del baño, utiliza el siguiente ungüento: una libra de grasa frita de zorro

y 10 onzas de grasa de castor destiladas, trementina y pimiento, 15 onzas de cantáridas y de laurel. Prepara esta mixtura en las brasas; éste es el mejor remedio, no solamente para los temblores debidos al mercurio, sino también para la gota, para la parálisis, para la letargia y para la apoplejía, de la cual se indagará y se determinará si sus causas son mercúricas. Lo mismo para los calambres debidos al mercurio. Puedes mejorar los efectos del baño con la adición de ranúnculo ígneo o heno acuático. Puedes eximirte de ello, si lo crees conveniente.

Capítulo undécimo

Para curar la ictericia de las montañas, es preciso, después de haber evacuado el mercurio, utilizar dos remedios minerales y lunares, por una parte, *asyla* por otra parte *ribes.* Toma un dracma de cada todas las mañanas hasta la completa desaparición de la enfermedad. La experiencia aconseja igualmente un extracto de ruibarbo con licor de tártaro. Estos remedios actuantes son adecuados y de aplicación, mediante utilización exterior, para la hidropesía mineral, para la hidropesía del abdomen, para la timpanitis, para la hernia y para los bubones. Sabed que sirven también como laxantes para las mujeres que, por intermediación de su matriz, están sujetas a tales enfermedades, en sus fiebres y en sus cólicos, en sus contracciones y en toda clase de contorsiones. Puesto

que lo que el licor de tártaro no descubre, es difícil de encontrar. Observemos también que todos los mercurios contraídos se abren mediante la aplicación caliente y prolongada, en pomada o en baño, de serpentaria, de lis de los valles, o en baño de médula de persona, de lobo o de tejón. No te sepa mal emplear mucho tiempo en esas terapéuticas.

Capítulo duodécimo

Existen también enfermedades las cuales, sin serlo de una manera particular, afectan a los miembros principales. Dolores violentos de estómago y de costado, dolores en el bazo y en el hígado, fuertes e intensas migrañas, o mal de riñones con dolores dorsales. Estos males no pueden ser curados por los medicamentos habituales, sino que es preciso confiarlos a los grandes arcanos, tales como el láudano y las materias perladas. Son tan difíciles, de tratar que ninguna acción es posible fuera de la gran quintaesencia. Ahí es preciso actuar al igual que hacemos con el agua vertida sobre el fuego, para eliminarlo por la fuerza. Lo que necesita una fuerza tal, necesita también grandes arcanos, la acción de elemento contra elemento, de complexión contra complexión, &.

Capítulo décimotercero

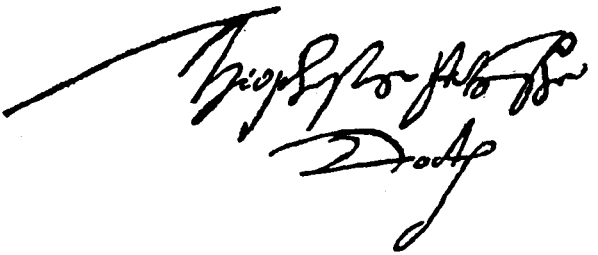
Se producen también infinidad de dolores de muelas, acompañados de numerosas incidencias como ennegrecimientos, podredumbres, descalzamientos, caída de piezas dentales acompañada de dolores y punzadas. Poco hay que decir sobre el ennegrecimiento, que ya previenen las aguas-fuertes y la pasta dentífrica. La podredumbre puede ser cuidada mediante el agua de miel, con una mezcla de miel y de extracto de áloes aplicada durante algunos días, luego con agua de alumbre destilada y preparada con sal de llantén, con consuelda, con hierba serpentaria, dos veces al día, hasta la desaparición del mal. ¿Qué remedio no es mejor contra el desencarnamiento de los dientes sino la aplicación de aceite de azafrán de Marte? Para la caída de los dientes, no hay nada tan válido como el aceite de nuez almizclada contra las enfermedades del mercurio. Mas, hace falta tratar los dolores y las punzadas no con mixturas simples, sino con los arcanos utilizados y aplicados en la escarificación según las necesidades, al igual que en los miembros.

Capítulo décimocuarto

Las enfermedades debidas a las intemperies son como un incendio. Lo mejor es el saín de cerdo, fundido a temperatura muy alta y vertido en el jugo de

siempreviva mayor y aplicado en pomada, o bien leche hervida con cangrejos, la cual se verterá sobre la parte afectada. Para fortificar y cicatrizar la piel, lo mejor es una pomada a base de huevos con polvo desecante. Contra las punzadas y contra los lumbagos que se producen también en las montañas, no olvidéis añadir miosota o nomeolvides en todos los remedios. Pues éste tiene la propiedad de dominar y expulsar a las enfermedades.

FIN DEL LIBRO TERCERO



Autógrafo de Paracelso